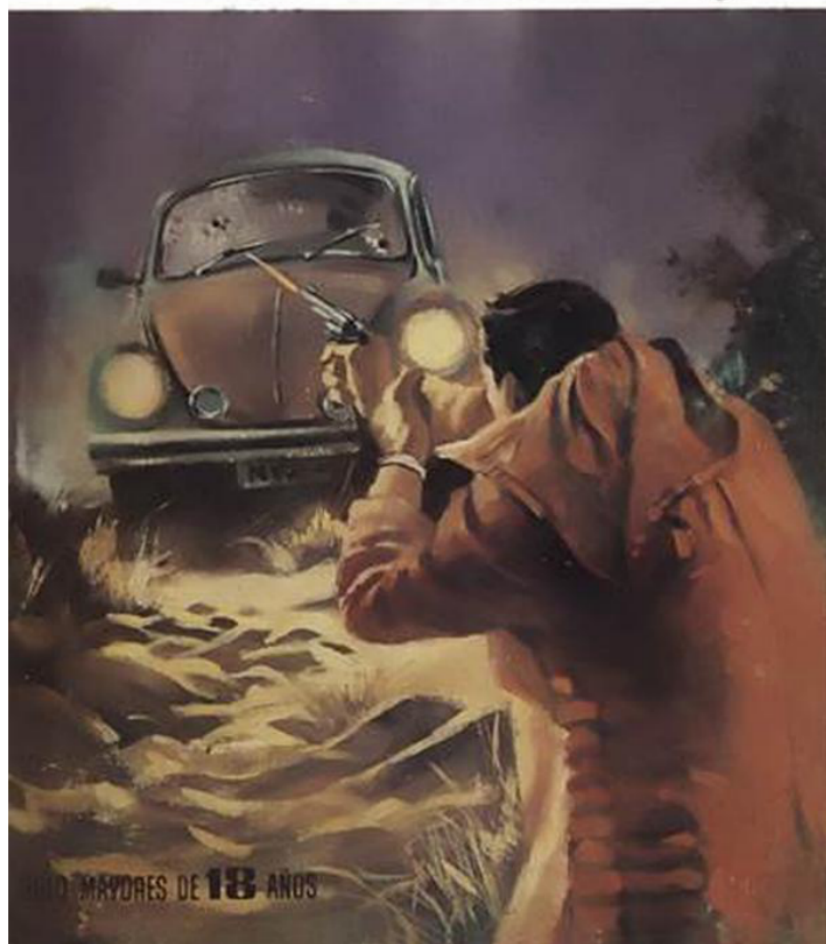


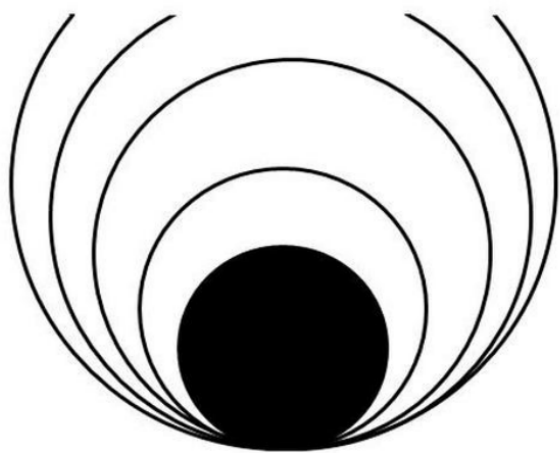


UNA VEZ EN LA VIDA

Lou Carrigan



UNA MADRE DE 13 AÑOS



PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección LA HUELLA:

140 - Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

584 - Con la vida de otro.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265 - Sekreten Polizeiken.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

538 - Jinetes en el cielo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.035 - El gran brujo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.666 - Mortalmente tuya.

En Colección KANSAS:

1.250 - Esta bala es para ti.

En Colección CALIFORNIA:

1.342 - Morir y dejar morir.

En Colección COLORADO:

1.296 - Con la velocidad del rayo.

LOU CARRIGAN

**UNA VEZ
EN LA VIDA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1059
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 23.156-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1982

2ª edición en América: febrero, 1983

© Lou Carrigan - 1982

texto

© Almazán - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

El vuelo era directo, y cubría los tres mil kilómetros en algo más de cinco horas. Partía de Dakar, en Senegal, pasaba sobre las selvas de Guinea, Costa de Marfil y Ghana, y terminaba su recorrido sobrevolando el Atlántico en el Golfo de Guinea.

Aquí, entre las islas de Malabo y Sao Tomé, se hallaba la flamante nación de Mowana, o, como era más conocida, MIS, es decir, Mowana Island State. Esta pequeña isla, este pequeño país, era el final del largo vuelo de la Air France. Un vuelo que era más una cortesía de la línea aérea francesa que un negocio, ya que el número de pasajeros se podían contar siempre con una mano, y, sólo muy excepcionalmente, con los dedos de las dos.

Como fuese, allá estaba el avión que cubría el trayecto, y Roger Peyret, ramo de flores en mano, traje blanco, corbata del mismo color y sudado el cuello de la casi blanca camisa, lo contemplaba mientras evolucionaba sobre el aeropuerto de Cité Mowana, dispuesto a enfilarse por la pista que le habían asignado en la torre de control para aterrizar.

Finalmente, el avión tomó tierra, y se deslizó por la pista hasta delante mismo del blanquísimo edificio del aeropuerto, maniobra que ahorraba al aeropuerto de Cité Mowana el «tremendo» gasto de un autocar; los pasajeros desembarcaban, caminaban unos cincuenta metros, y ya estaban en el aeropuerto. Fácil, cómodo y económico.

Ya detenido el avión, los empleados de raza negra del aeropuerto empujaron hasta él la escalerilla, por la cual comenzaron a descender los pasajeros procedentes de Dakar. En la pequeña terraza, sintiéndose tonto con el ramo de flores en la mano, Roger Peyret pensó una vez más en la persona que estaba esperando.

Y, como las veces anteriores, se dijo:

«Una mujer... ¡Bah, bah, bah!».

Y no es que a Peyret le disgustasen las mujeres, ni mucho menos. En realidad, casi era lo que más le gustaba en la vida. Pero para según qué cosas. Para otras cosas que no fuesen las que él se sabía, las mujeres eran poco menos que trastos inútiles. ¿Realmente esperaba la Cruz Roja Internacional que una mujer solucionase el problema de lo sucedido en Mowana? ¡Bah, bah, bah!

De pronto, a cincuenta metros, vio a la mujer apareciendo en la puerta del avión y ocupando el descansillo de la escalerilla. Bueno, vio una mujer blanca, pero supo enseguida que era ella. Los demás pasajeros, o eran de raza negra, o eran del sexo masculino, de modo que tenía que ser ella la enviada de la Cruz Roja. Y, al verla, a Peyret casi se le cayó el ramo de flores.

El sol pareció convertirse en oro sobre la cabellera de la mujer. Y, como si la imagen se agigantase para él solo, Peyret vio el hermoso rostro de facciones ligeramente exóticas, y la forma de los grandes ojos. Con esto, y con la escultural forma del cuerpo femenino, Roger Peyret tuvo suficiente para decirse que, a lo mejor, hasta podía pasarlo estupendamente. O sea que, pese a todo, era un tipo con suerte.

El grupo de pasajeros se acercaba a la entrada del edificio del aeropuerto, y Peyret fue viendo mejor a la mujer de raza blanca, rubia por más señas. ¡Era un bombón! Un bocado exquisito, vamos. Alta, hermosa, elegante, de expresión amable, cordial, simpática incluso. Iba conversando con uno de los pasajeros negros, que sonreía de oreja a oreja. O sea, que la preciosa enviada de la Cruz Roja hablaba francés. ¡Maravilla de maravillas! Porque... ¿acaso no es el francés el idioma del amor?

Oh, la lá...

La escultura viviente pasó por debajo de Roger Peyret, alzando un instante la mirada, clavándola en él, y Peyret sintió como si un rayo azul le atravesara de parte a parte el cuerpo. ¿Cómo era posible que un ser humano, fuese o no mujer, pudiera tener unos ojos azules tan hermosísimos?

El grupo de pasajeros desapareció bajo él al entrar en el edificio. Durante unos segundos, Roger permaneció inmóvil, petrificado, paralizado, maravillado. Luego, de pronto, echó a correr hacia la escalera que desde la terraza le llevaría directamente al vestíbulo

del aeropuerto.

Ya en éste, vio a la pasajera de los ojos azules mostrando su pasaporte. El empleado aduanal rió al hacer ella un comentario, mostrando su magnífico teclado de blancos dientes. ¡Sí, tenía que ser muy simpática!

La vio guardar el pasaporte en un gracioso maletín de viaje, y dirigirse hacia la línea transportadora que, en breve, iría colocando ante los pasajeros del vuelo sus respectivos equipajes. Peyret decidió no esperar más. Entró en la zona de llegada, hizo un gesto hacía le hermosa pasajera a uno de los guardias, y al asentir éste, Peyret casi corrió hacia la rubia.

—¿Señorita Flowers? —preguntó.

Ella, que se disponía a encender un cigarrillo a la espera de su equipaje, alzó la mirada, le escrutó un instante, y sonrió.

—Sí. ¿Es usted Roger Peyret?

—El mismo. Permítame que le dé la bienvenida con el más sincero y caluroso agrado —tendió el ramo de flores—. Son para usted.

La señorita Flowers miró las flores, miró de nuevo a Peyret, y, de pronto, se echó a reír, tomando las flores.

—Es usted muy amable, señor Peyret. Gracias. Siento mucho que por mi causa haya tenido que pasar un rato de calor.

—¡Bah, bah, bah! —desdeñó Peyret el calor.

Ella volvió a reír. Olió las flores, asintió con la cabeza, y dijo:

—Preciosas. Aunque habría preferido que me ofreciera usted quinientos mil dólares... ¿No han aparecido?

—¿Qué? —exclamó Roger Peyret.

—Los quinientos mil dólares. ¿Han aparecido?

—No... Claro que no.

—Bueno, los buscaremos.

—Caramba, lo dice usted como si fuese de lo más fácil encontrar medio millón de dólares.

—En un lugar como éste quizá sea fácil. Si alguien se pone a mover medio millón de dólares destacará muchísimo, ¿no le parece?

—Mmmm... Bueno, señorita Flowers, me temo que la cosa no va a ser tan simple. Ahí empiezan a salir las maletas.

—La azul —dijo Sandra Flowers, sin mirar.

—¿Sólo una?

—Sí. Cuando la recoja usted, y discretamente, eche un vistazo al hombre que nos está mirando desde el vestíbulo. Alto, rubio, sucio... y guapo. Lleva unos pantalones que alguna vez fueron blancos, sandalias del país, y un jersey negro. Está muy bronceado. Parece americano.

—Milton Darrell —gruñó Peyret, sin mirar—. Sólo puede ser él.

Recogió la maleta azul, se volvió, y vio al hombre en cuestión. Había acertado, claro. El asqueroso de Milton Darrell. Allá lo tenía, plantado como si el aeropuerto fuese suyo, con un cigarrillo colgando de su insolente boca, manos en los bolsillos y, al parecer, pensando en las musarañas.

—¿Es él? —preguntó Sandra Flowers.

—Sí.

—Bien. ¿Y quién o qué es el señor Darrell?

—No es nadie ni nada. Un desgraciado anclado en Mowana porque no tiene ni para un pasaje en barco de carga. Lleva aquí yo que sé cuánto tiempo. Lo conocen hasta las piedras. Un golfo... ¿Comprende?

—Sé lo que es un golfo, claro —asintió sonriente Sandra Flowers.

A los pocos segundos pasaron muy cerca del tal Milton Darrell. Por lo menos medía metro ochenta y cinco, y era un atleta. Más que bronceado, estaba quemado por el sol ecuatorial. Sandra Flowers lo miró de reojo, pero el tal Darrell pareció que ni siquiera se había dado cuenta de su existencia. Seguía allá plantado, pensando en las musarañas. Daba la impresión de que lo mismo le daba estar allí que en China. Sí, era guapo, pero... tenía cara de mala uva. Muy mala uva. Debía hacer cuatro o cinco días que no se había afeitado. Iba sucio... No, no sucio exactamente: descuidado, desaliñado, eso era.

—Tengo el coche ahí fuera. Llegaremos en cuestión de minutos a su *bungalow*. Pensé reservarle una habitación en el mejor hotel de Cité Mowana, pero estará mejor en un *bungalow*.

—Le agradezco sus desvelos. Este sol es cegador.

—Le conseguiré inmediatamente una sombrilla —aseguró Peyret—. Es lo más práctico para ir de un lado a otro por estos lugares. El *bungalow* está muy cerca de la ciudad, y frente a la playa...

Seguramente, algunos negros merodearán por allá para mirarla, pero no les haga caso. Son inofensivos. Les gusta mirar, eso es todo.

—Lo tendré en cuenta.

El coche de Peyret era un viejo Citroen negro. Metió en él la maleta de Sandra Flowers, le abrió a ésta la portezuela derecha, y fue a sentarse ante el volante.

—Dios mío, todo es sol —dijo gozosamente Sandra Flowers—. ¡Da la impresión de que estamos dentro de una bombilla encendida!

Roger Peyret se echó a reír, con su más cautivadora expresión. En su mente se estaban ya forjando planes de conquista. Tenía treinta y cinco años, y aunque estaba un poco descuidado en su forma física debido al clima y a la desgana hacía cualquier ejercicio, sabía que resultaba atractivo. Además, no era probable que la señorita Flowers encontrase por allí nada mejor que él... ¡Asco de sitio!

—No tardarán mucho las lluvias —explicó—. Entonces la cosa cambiará. Pero de momento disponemos todavía de no menos de cuatro o cinco semanas de sol.

—No creo estar aquí cuando lleguen las lluvias —le miró Sandra—. Sería demasiado tiempo para resolver una cosa tan... vulgar.

—Medio millón de dólares no me parece muy vulgar —dijo Peyret, dando el encendido del coche—. Y francamente, tampoco me parece muy corriente un suicidio.

—¿Seguro que fue un suicidio?

Peyret la miró vivamente, como alarmado.

—¿Qué quiere decir? —exclamó.

—Sólo he preguntado si es seguro que fue un suicidio. Me gustaría que me hiciera usted un extracto del asunto, señor Peyret, bien entendido que desde su punto de vista personal, dejando aparte las informaciones oficiales al respecto.

—Sí, entiendo. Bien, la cosa no parece demasiado complicada, francamente. Wesley Bradford, compatriota de usted... A propósito, me pareció que habla usted francés. ¿Es así?

—Me las arreglo para que me entiendan —asintió Sandra.

—Ah. Bueno, como le decía, su compatriota Wesley Bradford estaba aquí, en Mowana, como jefe de la Cruz Roja local desde que el país alcanzó su independencia, hace unos meses. Estaba haciendo una labor interesante, ésa es la verdad. Finalmente, pidió a la

Internacional la construcción de un nuevo centro sanitario, un hospital. El asunto costaba un millón de dólares: el edificio, aparatos, personal, medicamentos... todo eso, ya sabe. El presidente de Mowana dijo que él ponía la mitad, y entonces la Cruz Roja internacional consiguió la otra mitad, y envió el dinero. Llegó, Wesley Bradford lo metió en la caja fuerte del viejo hospital...

—¿Por qué? Habría sido más lógico ingresar el medio millón en el banco, ¿no le parece? Y no me diga que no hay bancos en Mowana.

—Sí, hay un banco —sonrió Peyret—, el Mowbank. Pero resulta que la caja fuerte de su central en Cité Mowana es más vulnerable que la que tenemos nosotros en el viejo hospital, así que Bradford decidió no correr ni el más pequeño riesgo. Mire, ese viejo hospital se está cayendo a pedazos, pero la caja fuerte, no sé de dónde demonios saldría, es algo serio. Ni a cañonazos se podría abrir.

—Lo que excluye la posibilidad de robo.

—Desde luego. Para robar el dinero que pudiera haber en la caja habría que llevarse la caja... Je, me gustaría ver quién puede hacer eso. No, nada de robo. Mi impresión... personal, que además coincide con la versión oficial, es que Wesley Bradford retiró el dinero, lo malversó, se vio en apuros... y todo lo que se le ocurrió fue suicidarse.

—Ya. Pero dígame... ¿en qué pueden malversarse aquí quinientos mil dólares?

—Eso consta en la versión oficial —murmuró Peyret—. Sin duda está usted al corriente de ella, señorita Flowers.

—Al parecer —asintió ella—. Bradford tenía una joven amiguita llamada Landy Kumba, que según noticias es muy bonita, y que ha desaparecido. Pero eso no significa forzosamente que Landy Kumba se llevara el dinero.

—Tal vez no —encogió los hombros Roger Peyret—, pero así las cosas. Landy Kumba era la amante de Bradford, de pronto ella desaparece, Bradford se suicida, y el dinero desaparece de la caja. La conclusión es que ella le engañó, se llevó el dinero, y él, desesperado, se mató.

—¿No le parece muy novelesco, señor Peyret?

—Quizá sí. Pero también vulgar. Landy Kumba es oriunda de Komingo, el país vecino más próximo de Mowana, en la costa

continental. Las relaciones entre ambos países no son muy buenas, principalmente por discusiones sobre las aguas jurisdiccionales a efectos de pesca. Hay quién teme que esto incluso llegue a provocar una pequeña guerra entre Mowana y Komingo. Komingo no es tan rico como Mowana, ni siquiera tienen allá delegación de la Cruz Roja, nada... Muchas personas de Mowana piensan que con medio millón de dólares los de Komingo podrían comprar armas suficientes para atacar a Mowana.

—¿Y dicen también que esa chica, Landy Kumba, le robó a Bradford el dinero para entregarlo a su país con destino a la compra de armas?

—No se lo robó, en todo caso —refunfuñó Peyret—, le engañó, eso es lo que todos creen. Por eso se suicidó Bradford. Estaba loco por la chica, se lo aseguro. Es muy, muy hermosa esa Landy Kumba.

—Es negra, naturalmente.

—Mestiza, todo lo más. Una belleza, maldita sea.

—De modo que, tal vez, la desaparición de ese insignificante medio millón de dólares podría servir de base a una pequeña guerrilla entre Mowana y Komingo, ¿no es eso?

—Eso estamos todos temiendo. Aunque... No sé. Tal vez la cosa sea todavía más vulgar. Resulta que desde que desapareció el dinero y se suicidó Wesley Bradford nadie ha descubierto pista alguna del paradero de Landy Kumba. Si esa chica estuviera en Komingo gozando de su astucia, todo se reduciría a un diminuto juego de espionaje bien llevado por Komingo, pero resulta que Landy Kumba es ilocalizable... de modo que muchos piensan que en lugar de entregar el dinero a Komingo ella se ha largado del continente a darse la gran vida en cualquier parte del mundo menos asquerosa que ésta.

—¿Y cómo saben que Landy Kumba no está en Komingo?

—¡Huy! —rió Peyret—. ¡La de movimiento que hay estos días en el espionaje de Mowana buscando a esa chica en Mowana, en Komingo y en otras fronteras! Es algo así como una película cómica... ¿Se imagina un puñado de negros dándoselas de espías? A mí me hacen mucha gracia, de veras. Mire, cuando usted vea a un negro que lleva corbata y sombrero que no sea de paja por aquí, ya puede estar segura de que es un «agente secreto» de Mowana. Le juro que son de opereta. Deben creer que están filmando una

película, o algo parecido.

—Muy divertido. Pero un hombre se ha suicidado y una importante cantidad de dinero ha desaparecido.

—Si encontramos a Landy Kumba ya verá como encontraremos el dinero. Y sin ánimos de molestarla me parece que ése no es trabajo para una mujer.

—En realidad yo no he venido a hacer una labor de investigación tipo espionaje, sino estrictamente contable, señor Peyret. Soy una investigadora contable.

Peyret la miró u instante estupefacto.

—Perdone, pero... ¿qué pinta una investigadora contable en esto?

—Mi trabajo básico consiste en examinar los libros de gastos e ingresos de la Cruz Roja en Mowana, con la esperanza de que esos quinientos mil dólares no hayan desaparecido después de morir el señor Bradford, sino antes, tal vez invertidos en algo de lo que sus colaboradores no tengan noticia. Eso sería menos embarazoso para todos, ¿verdad?

—Santo cielo... ¿Está usted hablando en serio? ¡Claro que no se ha realizado inversión alguna de quinientos mil dólares! Ese dinero era para el nuevo hospital exclusivamente. Además, si Bradford lo hubiera invertido no sólo constaría en los libros, sino que nos lo habría dicho a la doctora Proust y a mí. Créame usted: engañaron a Bradford, se llevaron el dinero, y él se suicidó.

—Entonces, habrá que tratar de localizar a esa guapa señorita llamada Landy Rumba, claro —suspiró Sandra Flowers—. Me parece que me he metido en un buen lío. Pero, en fin, antes que nada, echaré un vistazo a la contabilidad, que es lo mío. Ah, otra cosa: ¿tienen acceso usted y esa doctora Proust a la caja fuerte del viejo hospital?

—Naturalmente. Y con esto ya tiene usted argumento para otra versión sobre lo sucedido: la doctora Proust y yo hemos robado el dinero para repartírnoslo y hemos matado a Bradford. ¿Qué le parece?

—¿Alguien más tiene acceso a la caja? —sonrió Sandra.

—No. Ahora, sólo la doctora Proust y yo. Y antes, claro, junto con Bradford. ¿Le gustaría venir a registrar mi apartamento en la ciudad?

—Vamos, señor Peyret, no creo necesario insistir sobre esta broma.

—¿Por qué no? —La miró sonriente Roger—. Sería un modo como otro cualquiera de llevarla a mi apartamento.

Sandra se echó a reír, mientras se volvía para mirar por el cristal trasero del viejo Citroën. A más de cien metros, pedaleando enérgicamente, el ciclista seguía tras ellos. Un ciclista de pantalones blancos, jersey negro y cabellos que parecían de oro a la luz del sol.

—Sí —masculló Peyret, mirando de nuevo al retrovisor—, viene detrás de nosotros desde que salimos del aeropuerto. Me pregunto qué demonios se propone ese desgraciado de Darrell siguiéndonos... En cuanto se acerque un poco más soy capaz de bajar a darle un susto.

Sandra Flowers quedó pasmada, y miró directamente a Peyret. Recordó el metro ochenta y cinco de músculos del americano Milton Darrell, miró la incipiente tripita de Peyret, y finalmente, sonrió.

—Será mejor que no nos busquemos complicaciones —dijo—. Acelere un poco, y lo perderemos de vista. Es muy simple, ¿no le parece?

—Pero haremos mucho polvo.

—Bueno —rió Sandra—, si el señor Darrell no quiere tragar polvo todo lo que tiene que hacer es dejar de seguimos, ¿verdad?

CAPÍTULO II

Y sin embargo, los había seguido.

Tan sólo cuatro o cinco minutos después de que Roger Peyret se fuera del *bungalow* después de dejar instalada a Sandra Flowers, ésta miró por una de las ventanas, y vio al tal Darrell en la playa. Había dejado la bicicleta apoyada en uno de los cocoteros, y se dedicaba a lo que, evidentemente, era su pasatiempo favorito: contemplar las musarañas, manos en los bolsillos, cigarrillo colgando de los labios.

Aunque no era exacto que los hubiera seguido, ya que en cuanto Roger Peyret aceleró, lo perdieron de vista. Pero allá estaba ahora, de espaldas al mar y dando frente al *bungalow*. Hacía falta valor y buenas piernas para ir detrás de un coche en bicicleta, bajo aquel sol.

Durante un par de minutos, Sandra estuvo esperando que Darrell hiciera algo. Pero pronto comprendió que estaba perdiendo el tiempo. Tal vez Milton Darrell estuviera pensado hacer algo, pero sería cuando a él le viniera en gana, lo que podía tardar varios lustros. No parecía de esa clase de hombres que siempre tienen prisa.

Así que Sandra tomó una decisión. Cinco minutos más tarde, salía del *bungalow*, en bikini, y se dirigía hacia la playa, mirando distraídamente hacia Cité Mowana, que se veía muy cerca, refulgiendo al sol. Hacia el frente, mucho más allá, se veían las elevaciones costeras del continente africano, como un dibujo a medio terminar, como sugeridas apenas en la distancia.

Sandra miró directamente a Milton Darrell al pasar junto a él, y saludó amablemente:

—Buenas tardes, señor Darrell.

—Buenas tardes, señorita Flowers. ¿Qué? ¿Un bañito?

—Pues sí. ¿Usted gusta?

Darrell chascó la lengua con desesperación.

—Olvidé mi bikini en mi yate.

—Otra vez será.

El asintió, y ella continuó hacia la playa. Extendió la toalla sobre la arena, corrió hacia el mar, y se zambulló. Cinco o seis minutos después salió del agua, y fue a tenderse sobre la toalla. Darrell estaba allí, sentado y con el cigarrillo apagado en los labios.

—¿Quiere usted fuego, tal vez? —ofreció Sandra.

—No, porque si enciendo el cigarrillo me lo fumaré.

—¿Y para qué otra cosa son los cigarrillos, sino para fumarlos?

—Es que si me lo fumo me quedaré sin cigarrillos. Y un hombre sin tabaco sí es en verdad un hombre arruinado.

—Entiendo. ¿Quizá puedo servirlo en alguna otra cosa?

—Podría —dijo él, mirando expresivamente su casi desnudez—, pero no creo que estuviera dispuesta a hacerlo. ¿Sabe?: se nota enseguida que a usted le gusta tomar el sol, porque está muy bronceada. Pero tenga cuidado con este sol.

—Le agradezco la advertencia.

—No hay de qué. ¿Qué le ha dicho de mí ese mariquita de Peyret?

—¿Es un mariquita?

—Bueno, más bien un cabroncete. ¿Qué le ha dicho?

—Que es usted un golfo.

—Ah, bueno, así que no me ha calumniado, ¿eh?

—Si es usted un golfo, no —rió Sandra.

—¿Y qué más dijo?

—Nada más. Pero a mí me gustaría saber más cosas. Por ejemplo, ¿qué es lo que quiere usted, por qué me ha seguido?

—Me gusta contemplar la belleza.

—Gracias. ¿Y eso es todo?

—Usted y yo podríamos hacer un trato.

—Si es razonable cuente con ello. ¿De qué se trata?

—¿Qué recompensa ofrecen ustedes a quien recupere el dinero? Ya sabe a qué me refiero: los quinientos mil dólares.

—Sí, sí. ¿Recompensa? Bueno, en Estados Unidos no me dijeron nada sobre ofrecer recompensa alguna, señor Darrell. Sin embargo, si usted sabe algo sobre el paradero del dinero podríamos llegar a entendernos.

—Quiero el diez por ciento.

Sandra estuvo unos segundos mirándolo fijamente. Por fin, murmuró:

—La Cruz Roja, señor Darrell, realiza una labor muy meritoria prácticamente en todo el mundo gracias a las aportaciones privadas y subvenciones oficiales que recibe. No es una... compañía capitalista de inversiones, ni mucho menos. Francamente, lo que menos puede ofrecer la Cruz Roja es dinero.

—Tonterías. La Cruz Roja es rica.

—Bueno, quizá lo sea, pero su dinero es para otras cosas que enriquecer a golfos.

—Siempre es mejor pagar cincuenta mil dólares que perder quinientos mil.

—Matemáticamente hablando, sí.

—Pues de eso estamos hablando, ¿no?: de números.

—Realmente, no estamos hablando de amor —admitió Sandra—. Tal vez si usted rebajara la cifra yo podría consultar...

—No es usted muy lista, ¿verdad? —La interrumpió hoscamente Milton—. Parece que prefiere perder medio millón a recuperar sólo cuatrocientos cincuenta mil dólares.

Sandra estuvo unos segundos reflexionando, al parecer muy profundamente. Por fin, asintió con un gesto.

—De acuerdo —aceptó—. Entrégume el medio millón y yo le recompenso con cincuenta mil dólares.

—Eso está mejor. Empezaré a buscarlos inmediatamente.

—Creí que los tenía usted.

—Perdone: ¿qué le dijeron de mí? ¿Que soy un golfo o que soy un ladrón?

—Un golfo. De modo que no tiene el dinero... ¿Y cómo piensa encontrarlo?

—Me las arreglaré. ¿Puede darme un anticipo sobre la recompensa? Es para atender los primeros gastos.

Sandra se quedó mirando especulativamente a Milton Darrell. Por fin, sonrió, muy despacio, como si la gracia del chiste le fuese llegando lentamente.

—¿Con cuánto se las arreglarla de momento?

—Mil dólares.

—Conforme.

—En efectivo y ahora.

—Muy bien.

Ahora fue Milton quién se quedó mirando fijamente a Sandra. Por fin, el golfo rubio suspiró, metió una mano en el bolsillo del pantalón, y sacó un mugriento estuche de cerillas, rascó una, y aplicó la llama a la punta del cigarrillo, aspirando profundamente, con avidez.

—¡Caray! —exclamó acto seguido—. Empezaba a temer que este cigarrillo se convertiría en recuerdo de familia.

—Pronto podrá comprar todos los que quiera. ¿Me da una fumadita? Es para no ir ahora al *bungalow* a buscar los míos.

—Bueno, lo fumaremos como buenos hermanos.

—¿Somos hermanos? —rió Sandra, tomando el cigarrillo.

—Dicen que todos somos hermanos, ¿no? Entonces, usted y yo somos hermanos.

—Me complace oír eso. Porque entre hermanos no habrá mentiras ni engaños, ¿verdad, Milton?

—Verdad, Sandra —sonrió Darrell; recuperó el cigarrillo, dio una fuerte chupada, y se quedó mirando el humo con los ojos entornados—. Usted me gusta.

—Gracias. Pero... ¿cómo debo interpretar eso? ¿Como algo tranquilizador, o algo inquietante? Porque a lo peor, usted es de esos hombres que, simplemente, lo que les gusta lo toman, sea como sea.

—Tómelo por el lado bueno. ¿Por qué han enviado a una mujer?

—Porque las mujeres también entendemos de contabilidad, y se supone que si hay algo raro en las cuentas que llevaba Wesley Bradford yo lo encontraré.

—¿Algo raro? ¿En las cuentas del doctor Bradford? Olvídalo. Si ha venido por eso ya puede volverse a casa.

—También se me indicó que sería conveniente que viese de recuperar el medio millón.

—Sí, claro, pero no lo conseguirá por ese camino. Bradford no tuvo nada que ver con la desaparición del dinero.

—Me parece que usted ignora que el doctor Bradford tenía aquí una amiguita que tal vez...

—No ignoro eso. Bradford estaba loco por Landy, desde luego, pero ni por ella habría hecho nada censurable.

—Evidentemente, su opinión sobre el doctor Bradford es muy

buena.

Milton dio otra chupada al cigarrillo, se lo pasó a Sandra, y dijo:

—Bradford era un tío cojonudo. ¿Me entiende usted? De modo que dígame de mi parte a ese tocinito de Peyret que si habla mal de él le partiré la boca. ¿Está claro?

—Clarísimo. ¿Y qué me dice de Landy Rumba?

—Una chica encantadora... Encantadora.

—La versión oficial es que ella engañó a Bradford llevándose el dinero, y que eso motivó el suicidio de Bradford.

—El doctor Bradford tenía las mismas intenciones de suicidarse que yo de convertirme en verdugo de pájaros: antes me cortaría las manos. En cuanto a Landy Rumba, está loca por Bradford. Bueno, lo estaba.

—¿Usted no cree que el doctor Bradford se suicidara?

—No.

—¿Cómo definirla usted el hecho de que un hombre se pegue un tiro en la cabeza con su propio revólver?

—Como suicidio.

—¿Y Bradford no se pegó el tiro?

—No.

—Pues la investigación policial...

—No sea ingenua. La policía de Mowana está capacitada para una investigación policial tanto como yo para ir volando a la Luna.

—Es decir, que a Bradford lo mataron.

—Por supuesto.

—¿Sabe usted quién lo hizo?

—No, eso no. Podría decir que quizá fuese el mariquita de Peyret, pero no quiero dejarme llevar por antipatías personales.

—Eso dice mucho en favor de usted. —Sandra le devolvió el cigarrillo—. ¿Landy Rumba, tal vez?

—No. Lo amaba de verdad.

—¿Se lo dijo ella?

—No.

—¿Bradford entonces?

—No, tampoco. Es que tengo ojos, ¿sabe?

—Espero que le funcionen bien, Milton. Dígame: ¿a qué se dedica usted?

—Vivo de la pesca.

—Quizá no me he expresado bien. ¿Qué es usted?

—Un golfo. ¿Qué tal si vamos a por los mil dólares? Estar con usted me resulta agradable, pero tengo muchas cosas que hacer.

—¿Quiere decir que tiene un trabajo?

—Ahora, sí.

Milton Darrell se puso en pie, y tendió una mano a Sandra, que se tomó de ella y se incorporó, recogiendo la toalla. Poco después los dos entraban en el *bungalow*. Sandra se dirigió al dormitorio, seguida de Darrell, que se quedó en la puerta. Ella sacó del armario su maletín de viaje, lo puso sobre la cama, lo abrió, y metió la mano dentro, como rebuscando. Del doble fondo sacó un fajo de billetes, separó mil dólares, y se volvió hacia Darrell.

—Su dinero —dijo.

Milton se acercó, tomó el dinero, miró el fajo que quedaba en poder de Sandra, y, de pronto, sonrió. Sonrió como un tigre ante un corderillo.

—¿Me está provocando con todo ese dinero? —preguntó.

—Tal vez —sonrió también Sandra—. ¿Le tienta?

—Tentarme, sí. Pero escuche bien una cosa, señorita Flowers: en todo este asunto relacionado con el doctor Bradford yo no haré nada que pueda ensuciarlo todavía más.

—¿Por qué apreciaba usted tanto a Bradford?

—Ya se lo he dicho: era un tío cojonudo. Bueno, gracias por el dinero, y ya nos iremos viendo.

—Eso espero.

Milton Darrell asintió, se guardó el dinero en un bolsillo, y sin más salió del dormitorio. Sandra lo hizo segundos más tarde. Desde la ventana del saloncito vio a Darrell montado en su bicicleta y alejarse en dirección a Cité Mowana.

—Eso espero... —repitió en un susurro.

Hacia las cinco de la tarde del día siguiente Sandra Flowers había revisado todo lo que, en cuestión de cuentas, se podía revisar en el despacho del fallecido Wesley Bradford en el viejo hospital. Revisión extremadamente simple, por otro lado, ya que Bradford había llevado un libro tipo Diario en el que se anotaban las entradas y salidas de dinero, especificando sencilla, pero claramente cada detalle.

Todo tenía comprobantes, todo estaba claro como la luz de

aquel sol cegador. Tanto había entrado, tanto había salido, esto queda. Indudablemente, los procedimientos contables de Bradford habían sido rudimentarios, muy por debajo de su capacidad profesional como médico.

Pero, no había nada que objetar, nada de lo que dudar ni mucho menos desconfiar.

—Ya se lo advertí —dijo Peyret, que llevaba camisa limpia y corbata nueva, y se había pasado el día intentando disimular su barriguda—. Las cosas son como son.

—Es decir, que Landy Kumba le engañó y él se suicidó —murmuró Sandra—. ¿Está usted de acuerdo con eso, doctora Proust?

Anna Proust, alta, de cuerpo macizo y vagamente atractivo, cara caballuna, y pequeños ojos oscuros, tenía unos cuarenta años. Producía una impresión de gran eficacia, de persona sumamente activa, pero no era la persona a la que se invitaría a tomar el té y charlar un rato. No es que fuera antipática: no era nada, simplemente. Ni simpática ni antipática. Era neutra. La persona ideal para no invitarla a una velada agradable.

—Eso dicen —replicó escuetamente Anna.

—¿Pero lo cree usted?

—No creo nada. Sólo sé que el dinero no está, y que Wesley murió.

Llevaba una bata blanca que, tras la larga jornada, se veía un tanto ajada, lo que era perfectamente disculpable. La doctora Proust era una máquina de trabajo. Había atendido aquel día no menos de sesenta gimoteantes mowanos la mayoría de los cuales padecía uno de los dos males de la isla: blenorragia o hambre. El simple hecho de que no pareciera ni cansada ni asqueada era más que admirable.

Tras unos segundos de contemplar inexpresivamente a Anna Proust, Sandra asintió, se puso en pie, y se colocó ante la caja fuerte, que estaba abierta. La había abierto por la mañana Roger Peyret, y ya no se había cerrado. ¿Para qué? No había nada allá dentro que nadie deseara llevarse: papeles, recetas, un par de cajas de inyectables especiales que al parecer Bradford había guardado como oro en paño, un viejo estetoscopio...

—¿De dónde sacaron ustedes esta caja fuerte? —preguntó Sandra.

—Es la que tenían antes en el Mowbank. Cuando se

modernizaron trajeron otra menos sólida, pero con más sistemas de seguridad. Bueno, digo menos sólida, pero no quiero decir que sea fácil de reventar, ¿comprende? Puestos a eso, ésta sería más fácil de abrir que aquélla.

—¿De quién fue la idea de traerla aquí?

—De Bradford. Era amigo del director del Mowbank, y se la pidió. El director no tuvo inconveniente en obsequiarla a la Cruz Roja, y Bradford la hizo traer aquí. Guardamos en ella los medicamentos más caros y los que contienen alguna proporción importante de droga. Ahora casi no tenemos nada de eso. La desaparición del dinero nos ha dejado en blanco. Y ya que hablamos de eso: convendría que usted pidiera algo de dinero, Sandra.

—Haré algo mejor que eso: pediré medicamentos. Téngame preparada por la mañana una lista completa de sus necesidades, y la cursaré personalmente, junto con mi primer informe contable.

—Estupendo. ¿Qué tal si vamos a tomarnos un trago? Nos lo hemos ganado, ¿no le parece?

Sandra guardó el Diario de Bradford en la caja, cerró ésta, y se quedó mirándola pensativamente.

—Me pregunto si hay en Mowana alguien capaz de abrir esta caja sin la llave.

—No creo. Y todas las llaves las recogió Bradford cuando trajo la caja aquí. ¿Se le ha ocurrido que algún empleado del Banco ha aprovechado su conocimiento de esta caja para hacer una sucia jugada?

—¿Le parece demasiado fantástico?

—Pues... no, pero francamente, no creo que las cosas hayan sucedido de ese modo. No creo que haya por aquí nadie con la imaginación suficiente para montar todo ese tinglado. Tal vez usted piensa que alguien pudo venir a robar, mató a Bradford poniéndole luego su revólver en la mano y todo eso, pero... ¿qué me dice de Landy Rumba? ¿Por qué no aparece por aquí?

—Tal vez la encontremos cuando menos lo esperemos dijo Sandra. —Me parece muy bien eso de tomar una copa, Roger. Ha sido usted muy amable al invitarnos.

—¿Invitarlas? —Gruñó Peyret.

—Supongo que la invitación era para la doctora Proust y para

mí.

—Sí... Claro. Claro, claro.

Sandra miró a Anna Pronst, y vio la irónica sonrisita que apareció en su caballudo rostro. Hubo una mirada de complicidad entre ambas mujeres, y Sandra, conteniendo la risa, se dirigió hacia la puerta del despacho.

Veinte minutos más tarde estaban los tres en el Café Guinea, tomando unos *gin-tonic* y contemplando la avenida desde la terraza, bajo los listados toldos. Al otro lado de la avenida, estaba la playa, y hacia la derecha el puerto. Comenzaba a refrescar un poco, y la gente aparecía, paseando a pie o en bicicleta. Muy pocos automóviles. El ambiente era tranquilo. El mar era magníficamente azul.

—Es un sitio agradable para vivir —dijo Sandra.

—¡Pero qué dice...! —saltó Peyret ¡Claro que no!

—¿Por qué no?

—Hay demasiados negros.

Sandra se quedó mirándolo.

—Habría que echarlos de aquí, ¿no le parece? —sugirió.

—¿A los negros? Claro que no. Están donde tienen que estar, en África. Que se queden aquí.

—Entonces, si no le gustan, tal vez debería ser usted quién se marchara, querido Roger.

Peyret quedó atónito. Anna Proust no pudo contener una carcajada, que no fue muy afortunada, pues aparte de mosquear a Peyret mostró sus grandes dientes amarillentos.

—Pues mire —masculló Peyret—, no es ninguna mala idea: quizá me marche pronto de este lugar. Ya llevo aquí demasiado tiempo, y todo lo que he conseguido han sido varias descomposiciones de vientre.

—Lamentable. ¿Y qué ha conseguido usted aquí, Anna?

—Soy respetada. Ya sé que por conveniencia, pero esos negros me respetan.

—Porque les curas las purgaciones —masculló Peyret.

Anna Proust frunció el ceño, y pareció dispuesta a replicar de modo contundente, pero de pronto, se quedó con la boca abierta, expresando un asombro que era estupefacción. Peyret y Sandra siguieron la dirección de su mirada, y también Peyret quedó

atónito. Un caballero alto, rubio, estupendamente vestido con un traje blanco y nuevo, camisa crema de cuello abierto, zapatos flamantes, y blanco sombrero de paja con una cinta rosa en la base de la copa, pasaba en aquel momento por delante de la terraza, fumando un magnífico cigarro.

—Atiza —farfulló Peyret—. Pero... ¿no es el golfo de Darrell?

—Sí, lo parece —dijo Sandra, con tono indiferente.

—Pe... pero... ¿qué ha pasado? ¿De dónde ha sacado esa ropa?

—Se ha afeitado —dijo Anna Proust; entornó los ojos—. Está guapísimo. ¿No le parece, Sandra?

—Los he visto mejores —sonrió la enviada de la Cruz Roja.

—Pues quédese con ellos y yo me quedo con Darrell.

Sandra rió. A poca distancia de ellos, Milton Darrell se volvió al oír la carcajada, mostró un ligero asombro, y luego, muy cortésmente se quitó el sombrero e hizo una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes —saludó de viva voz—. La vida es hermosa, ¿no les parece?

Evidentemente no le interesaba su opinión, porque prosiguió su camino, entrando en el café.

—La madre que lo parió —dijo Peyret.

—Parece un millonario —comentó Anna Proust.

—Tal vez lo sea —asintió Sandra—. Me parece que en este país no hace falta mucho dinero para vivir como un millonario.

—¡Pero si no tiene donde caerse muerto! —exclamó Peyret—. Bueno, tiene esa porquería de lancha con la que hace tiempo ni siquiera puede navegar, y eso es todo.

—¿Una lancha con la que no puede navegar? —preguntó Sandra—. ¿Cómo se entiende eso?

—No tiene ni para gasolina. Además, hace tiempo que se le estropeó el motor, así que... Vive en ella como un mendigo. Todo lo que hace es pescar con una caña que se ha preparado él mismo. Si pesca, come; si no pesca, no come.

—Encantadoramente primitivo —dijo Sandra.

—No obstante —apuntó Anna—, parece que su suerte ha cambiado. Se ha vestido de pies a cabeza como un señor y fuma un aromático cigarro.

—Habrás robado algo —gruñó Peyret—. Un tipo como él...

Se calló de pronto, y en su rostro apareció la expresión de quien

acaba de tener una revelación prodigiosa. Anna Proust se quedó mirándolo fijamente. Sandra preguntó:

—¿Qué? Un tipo como él... ¿qué?

—Bueno... No, nada.

—Sí, será mejor que no digas nada —sugirió Anna—. Si Darrell llega a enterarse tan sólo de tus pensamientos lo pasarías mal, Roger. Además, ¿te quedarías tú en Mowana haciendo alarde de riqueza si hubieras matado a alguien para robarle medio millón de dólares?

—La idea es digna de ser estudiada, quizá —dijo Sandra.

—De ninguna manera. Darrell puede ser un golfo, y hasta quizá sea capaz de matar a alguien, pero no tiene un pelo de tonto. Por otra parte, me consta que él y Wesley Bradford se llevaban bien.

—¿Sí? ¿Qué quiere decir?

—No era tan difícil llevarse bien con Bradford, al fin y al cabo —dijo Peyret—. Era un hombre... amable. Sí, amable. Incluso con Darrell, que ya es decir.

—¿Qué clase de amabilidades tenía con él?

—Le regalaba de cuando en cuando un paquete de cigarrillos —dijo Anna—. Y con bastante frecuencia le prestaba la camioneta del hospital.

—¿Para qué? —se sorprendió Sandra—. ¿Qué hacia Darrell con la camioneta?

—Nadie lo sabe. Se iba isla adentro, estaba unas horas o a veces un par de días, volvía, devolvía la camioneta, y ya está. Una vez le pregunté a Wesley por qué dejaba la camioneta a Darrell, y me contestó, muy finamente, eso sí, que no era asunto mío.

—Tampoco yo conseguí enterarme —movió la cabeza Peyret—. Pero era algo en verdad extraño. ¡Muy extraño! Naturalmente, Darrell no podía querer la camioneta para nada bueno. Lo sorprendente es que Bradford se la prestara.

Sandra bebió un sorbito de *gin-tonic*, y preguntó:

—¿Qué hay hacia el centro de la isla?

—Selva y negros —replicó rápidamente Peyret—. ¡Maldita selva y malditos negros! Pero no negros como los de aquí, no... Éstos son gloria comparados con los que encontraría usted en el interior. Viven como salvajes. Bueno, como lo que son, claro está.

Sandra dirigió una mirada de disgusto a Peyret, pero no dijo

nada. En aquel momento, Milton Darrell salía del café, portando una bolsa de papel de la cual sobresalían las cabezas de dos botellas de champán. Con el cigarro encajado entre los dientes, se quitó de nuevo el sombrero al pasar ante ellos.

—Muy buenas tardes otra vez —dijo amablemente—. Que lo pasen bien.

—Es un descarado —masculló Peyret cuando Darrell ya no podía oírle—. Y un sinvergüenza. Sea como sea, debe haber robado dinero a alguien, y ahora lo va a celebrar.

—Quizá alguien se lo haya prestado —sugirió Sandra.

—¿A Darrell? —Roger Peyret se echó a reír—. ¡Haría falta estar loco para eso, créame!

—También podría ser que anoche ganara en el Casino —apuntó Anna.

—Para jugar en el Casino hay que tener dinero, ¿no? Bueno, qué demonios, que Darrell se vaya al cuerno. Se me está ocurriendo que podríamos organizar una cena que...

—Excelente idea —dijo Sandra—. Pero tendrá que ir con Anna. Yo tengo algo urgente que hacer, acabo de recordarlo ahora mismo.

—Pero...

—Hasta mañana —se despidió Sandra.

CAPÍTULO III

Efectivamente, todo el mundo en Cité Mowana parecía conocer a Milton Darrell, por lo que Sandra Flowers no tuvo la menor dificultad en localizar su vieja lancha, situada en un rincón del puerto. No se veía a nadie en la cubierta sobre la cual había varias piezas mecánicas que Sandra relacionó con un motor. Las miró brevemente cuando pasó a bordo, y luego se acercó a la puerta que daba acceso al interior de la lancha.

—¿Milton? —llamó.

—Pase, pase, Sandra. La estaba esperando.

Sandra entró, apartó una cortina de red que debía servir para los mosquitos, y vio a Darrell en el pequeño habitáculo. Todo estaba allí: cocina, aseo, salita con un banco corrido bajo el ventanal, dos taburetes... Al fondo, apenas a tres metros, una puerta plegable, ahora plegada, que dejaba ver un diminuto camarote con dos literas, una a cada lado de la proa. En el ventanal parecía haberse adherido la roja luz del sol en su rápido ocaso. Milton Darrell, ante el diminuto fregadero, estaba limpiando dos vasos, que depositó sobre la mesita ante el diván.

—También tengo hielo —dijo—. Dentro de poco estará aceptablemente frío.

—¿Me estaba esperando para convidarme a champán?

—Es lo menos que puedo hacer por usted. ¿No le gusta el champán?

—Más bien sí. Está usted muy elegante y muy guapo.

—¿Verdad que sí? —Milton agarró el cigarro de encima de una repisa, y se lo metió en la boca—. Y además, estoy haciendo reparar el motor de este viejo cascarón.

—Al parecer, mil dólares dan mucho de sí.

—Bien administrados, desde luego. Lamento no tener copas.

—Beberemos el champán en vaso. Hay que adaptarse a las

circunstancias.

—Usted me sigue gustando —la apuntó Milton con el cigarro—. ¿Cómo van sus investigaciones numéricas?

—Bien. Todo está en orden.

—Normal, en el doctor Bradford. Oiga, he comprado algunas provisiones aceptables esta mañana. ¿Le gustaría cenar conmigo?

—Me gustaría —sonrió Sandra—. Milton: ¿para qué le dejaba Bradford la camioneta?

—De modo que se lo han dicho... Claro, era inevitable.

—¿Qué iba a hacer usted al interior de la isla?

—No es cuenta suya.

—En un sentido puramente personal, no. Pero ahora soy la directora de la Cruz Roja en Mowana, y me gustaría saber en qué se ha estado utilizando la camioneta.

—Si le digo que en nada que deba preocuparla... ¿me creará?

—Sí. Pero me gustaría saber a qué iba usted al interior.

—A-ah —negó Darrell—. Lo siento, nena, no hay informe.

—Se lo preguntaré de otro modo: ¿qué hay en el interior, aparte de selva y negros?

—Yo no he visto nada más. ¿Le gustan a usted los viajes por mar?

—Me encantan.

—Me han asegurado que mañana al mediodía tendré reparado el motor. La invito a un paseo por la tarde. ¿Qué prefiere beber con la cena? ¿Whisky, ginebra, cerveza...?

—Se ha provisto bien, es evidente. Beberé agua.

—Tenga cuidado con el agua de este país. Por suerte para usted, la mía está convenientemente tratada. De todos modos, el agua es un asco, ¿no le parece? Tiene usted una textura de piel poco corriente. Es... limpia, no sé si me comprende. Hay gente que tiene la piel sucia: mala alimentación, exceso de bebida y tabaco, falta de ejercicio... La piel es el barniz del cuerpo, ¿lo sabía usted? Piel limpia, buena salud. Se nota enseguida.

Sandra Flowers se quedó mirando fijamente a Darrell. Muy suavemente, preguntó:

—¿Es usted médico? ¿Es eso, Milton?

—¿Tengo aspecto de médico?

—No veo por qué un médico no puede ser un atleta, o un atleta

no puede ser médico. ¿Lo es?

—¿Se encuentra mal? Le recomendaría al mariquita ése, pero... No, qué va, usted no se encuentra mal. Tiene una salud increíble. ¿Le gustan las aventuras?

—¿Las aventuras?

—Eso he dicho. ¿Sabe silbar? Necesito alguien que sepa silbar.

Sandra sonrió, y emitió un silbidito. Milton alzó el cigarro.

—Perfecto. La nombro mi silbadora oficial. ¿Puede conseguir un automóvil?

—Creo que sí. Roger me prestaría el suyo.

—No, ese coche, no. Hay en la Avenida Mombite una casa que se dedica al alquiler de coches. Prácticamente solo los alquilan los turistas. Cerrarán dentro de hora y media, más o menos. Sí, es mejor un coche alquilado. Nadie se sorprenderá de que usted alquile uno.

—La verdad es que he estado pensando en alquilar uno.

—¿Para darse una vuelta por el interior de la isla? Olvídelo: sólo conseguiría que la picaran los mosquitos. No hay nada allí que le interese a usted, créame.

—Pero sí a usted, ¿no es cierto?

—No tiene usted aspecto de aventurera —la miró críticamente Milton Darrell—, pero estoy seguro de que servirá para el caso.

Sandra Flowers sonrió deliciosamente. De pronto, soltó una carcajada, y dijo:

—Si el champán está ya un poco frío me gustaría tomarlo ahora. Luego, mientras cenamos, me explicará usted por qué, cuándo debo silbar... y para qué necesitamos un coche.

—Eso se lo puedo decir ahora mismo, porque es muy simple dijo el elegante Darrell: quiero ir a echar un vistazo al apartamento de Landy Rumba, pero no en bicicleta ni a pie, porque sería demasiado visto, sino bien oculto dentro de un coche. Y mientras yo echo ese vistazo usted se quedará abajo en el coche, y si viese entrar a alguien sospechoso en el edificio me avisaría con un silbido. ¿Qué le parece?

Con la pregunta, Milton terminó de descorchar una botella de champán, sirvió en los dos vasos, tendió uno a Sandra, y alzó el suyo.

—Salud —dijo.

Sandra Flowers lo miraba entre estupefacta e incrédula. Pero reaccionó rápidamente, sonrió, y alzó su vaso.

—Salud —aceptó el muy razonable brindis.

El edificio donde Landy Rumba tenía su apartamento constaba solamente de dos pisos, en cada uno de los cuales había dos apartamentos. El de Landy Rumba estaba en el primer piso, en la parte de atrás, donde había un pequeño jardín con cocoteros y grandes arbustos de flores, sobre el cual se cernían las terrazas de los apartamentos de atrás.

Por supuesto, para entrar en el edificio habla que hacerlo por la parte frontal, pero Milton Darrell tenía sus propias ideas al respecto. Primero habían dado una vuelta por allí con el coche, Sandra al volante y él acurrucado en el asiento de atrás, de modo que teóricamente no podía ser visto. Ni uno ni otro habían divisado nada que pudiera causar inquietud en la primera vuelta de inspección, y ahora, tras detener Sandra el coche a un lado del jardín de atrás, Milton se disponía a llevar a cabo su plan.

Era muy simple: subiría al apartamento escalando la terraza, abrirla la puerta-ventana de ésta utilizando un cortaplumas, entraría, echaría el vistazo, y se reuniría de nuevo con Sandra. Si mientras tanto aparecía alguien por allí, alguien sospechoso, se entiende, la enviada de la Cruz Roja debería silbar de un modo casual.

Era muy simple, muy fácil. Pero Sandra Flowers había movido la cabeza con un gesto de perplejidad, preguntando:

—¿Está seguro de que usted sí entiende de aventuras, Milton?

—Muchísimo.

Ahora estaban allí, y Milton, tras un último vistazo alrededor del coche, salió rápidamente de éste y corrió hacia los arbustos, desde los cuales, en un par de saltos, llegó bajo la terraza que le interesaba.

Sentada al volante, Sandra miró una vez más en torno. No se veía a nadie por aquella parte...

Sin embargo, a no demasiada distancia de allí, y desde el interior de un coche estacionado en la avenida a la cual daba fachada el edificio, un negro que llevaba corbata y un sorprendente sombrero de fieltro oscuro había visto a Darrell salir del automóvil

y correr hacia el jardín. El negro había utilizado unos pequeños prismáticos, que ahora dejó en el asiento contiguo, y, tras reflexionar unos segundos, salió del coche.

A unos treinta metros del edificio había una cabina telefónica pintada de blanco y con la parte superior en forma de techo de cabaña africana. El negro se dirigió directamente a ella, entró, y buscó monedas en sus bolsillos.

Estaba tan absorto en esto, y al mismo tiempo tan nervioso ante la eventualidad de que no le llegase ayuda con la prontitud necesaria, que no se fijó en los dos hombres que caminaban hacia la cabina. En el momento en que sacaba las monedas para la llamada, los dos hombres se detenían ante la puerta de la cabina.

El negro introdujo una moneda en la ranura del aparato, y comenzó a marcar un número. De los dos hombres que habla afuera, también negros, uno asió la puerta de la cabina y la abrió. El otro entró rápidamente, sacando la mano derecha del bolsillo del pantalón. Se oyó un chasquido, y la hoja de la navaja apareció en su mano como brotando de entre sus dedos. El negro que se disponía a telefonar no oyó esto, pero sí se dio cuenta de que la puerta de la cabina había sido abierta, porque oyó con más fuerza el rumor de la avenida.

Hizo intención de volverse.

El otro no se lo permitió.

Apoyó la mano izquierda en la nuca del que pretendía telefonar, apretó con fuerza hacia delante, impidiéndole volverse, y le hundió con fuerza la hoja de la navaja en los riñones. El impacto sonó blando, escalofriante. El negro soltó el auricular, y abrió la boca en un gesto convulso. Tal vez se dispusiera a gritar, pero el de atrás lo había previsto, de modo que volvió a hundir la navaja en los riñones, retiró el arma, y la clavó todavía otra vez, con tremenda fuerza contenida.

El sombrero de fieltro saltó de la cabeza del comunicante, y cayó al suelo. De su boca brotó un ronco suspiro que se desvaneció enseguida. Todo su cuerpo se relajó, la cabeza cayó hacia delante. Y el cuerpo se habría arrugado hacia el piso de la cabina si el que había utilizado la navaja no lo hubiera sostenido.

Todavía clavó la navaja otra vez, la dejó hundida en la carne, y con la ensangrentada mano derecha asió el colgante auricular, pasó

el cordón por el cuello del caliente cadáver con dos rápidas vueltas, y apretó. Se apartó un poco, y vio que el muerto quedaba precariamente de pie, sostenido por el cordón telefónico. Recuperó la navaja, la limpió en la chaqueta del muerto, y se dispuso a salir de la cabina.

Sonrió de pronto, se inclinó, recogió el elegante sombrero de fieltro, y se lo encasquetó al cadáver.

Luego salió, cerró la puerta, y se alejó con el otro.

—Deprisa —dijo.

—Podemos entrar por delante, y la mujer no nos verá. Sorprenderemos fácilmente al americano en el apartamento de Landy.

Mostró una llave. El otro asintió, y apretó el paso.

Tuvieron un pequeño contratiempo: la mujer no seguía con el coche metida en el fondo del pasillo a un lado del edificio, sino que se había desplazado más hacia la avenida, de modo que ahora podía ver la parte de atrás y la de delante. Tras el cristal parabrisas ambos negros vieron la rubia cabellera de Sandra Flowers.

—Maldita sea... ¿Qué hacemos? ¿Vamos a por ella?

—No. Si el americano se alarma podría escapar. Vamos al coche.

Desviaron con gesto natural su marcha, y se dirigieron al coche desde el cual, como el recién muerto, habían estado vigilando la entrada al edificio en el que Landy Rumba tenía su apartamento.

Dentro de éste, Milton Darrell se hallaba en el dormitorio, frente al armario abierto, contemplando los vestidos colgados pulcramente. Bajo los armarios había dos maletas y un maletín. Tres pares de zapatos. Una sombrilla.

Es decir, que Landy Rumba se había marchado de Mowana dejándose allá todas sus cosas. Una huida muy precipitada, ciertamente.

Milton buscó en los cajones del armario, sin encontrar nada que le mereciese especial atención: ropa interior, pañuelos, dos pares de finísimas medias... Landy Rumba había salido disparada de Mowana, de eso no cabía duda. Pero esto no tenía sentido. El cadáver de Wesley Bradford había sido hallado por la mañana de aquel día en su apartamento. Llevaba varias horas muerto, o sea, que la muerte se había producido durante la noche, seguramente a primeras horas. Si Landy Rumba era quien lo había matado

personalmente, había tenido tiempo sobrado de regresar a su apartamento para recoger todas sus cosas antes de escapar.

Si, en cambio, tal como todo parecía indicar, Bradford se había suicidado tras enterarse de que Landy Rumba se había marchado de Mowana con el dinero, También la mulata de Kimongo había podido hacer las cosas bien, sin apresuramiento, habida cuenta de que, obviamente, Bradford confiaba en ella. Y tan obviamente, pues de otro modo no le habría confiado el dinero... ¿Había planeado Bradford marcharse con el dinero y con Landy Rumba... y ésta lo había matado?

No, de esto ni hablar. Ni remotamente podía pensar esto Milton de Wesley Bradford.

¿Lo había matado la bella Landy? ¿Se había suicidado?

—Estoy igual que antes —masculló Milton, ante el armario.

Lo cerró, y se dio una vuelta por el saloncito y la cocina. También allí había indicios de que Landy Rumba se había marchado precipitadamente, pues todo estaba como si ella hubiera pensado volver, pero, de pronto, hubiera cambiado de idea, y, abandonándolo todo, hubiera escapado.

—No entiendo nada. Salvo una cosa: Bradford no habría hecho nada deshonesto. Y mucho menos se habría suicidado.

Decidió dar por terminada la clandestina visita al apartamento. Salió a la terraza, y se llevó un buen susto al no ver allá el coche alquilado por Sandra Flowers. Precipitadamente, se descolgó por la terraza, salvó la escasa distancia hasta el suelo de un salto, y corrió hacia la esquina del edificio. Enseguida vio el coche. Llegó corriendo, y se metió en el asiento de atrás, jadeando.

—¿Qué hace aquí? ¡Buena vigilancia la suya! ¡Si alguien se hubiera acercado...!

—Será mejor que nos marchemos cuanto antes de aquí —dijo Sandra, señalando hacia la avenida.

Puso en marcha el motor, y arrancó. Salió a la avenida. Milton miró hacia donde ella había señalado, una calle que confluía con la avenida. Habla un grupo de gente gesticulando, rodeando una cabina telefónica, tan típica, que hacían tanta gracia a los turistas.

—¿Qué pasa allí?

—No lo sé, pero me parece que nada en lo que nos convenga meternos. ¿Ha conseguido encontrar algo interesante?

—No.

Circulaban ya por la avenida. Sandra miró amablemente a Milton por medio del retrovisor. Entonces vio las luces del coche que iba tras el suyo. Miró de nuevo a Milton.

—Pero habrá sacado alguna conclusión —sugirió.

—Eso sí. Esa chica se fue de Mowana a toda prisa. Todas sus cosas están en el apartamento. Incluso su sombrilla, que Bradford le había regalado. Todo esto no tiene sentido.

—¿Por qué no?

Milton lo explicó rápidamente. Sandra iba asintiendo, mirando de cuando en cuando hacia el retrovisor, en el que seguía viendo las luces del coche que iba tras ella. Cuando Milton terminó su explicación reflexionó unos segundos, y dijo:

—Quizá Landy Kumba no se haya marchado de Mowana.

—Entonces... ¿dónde está?

—No lo sé, pero me parece que no somos los únicos que la estamos buscando. Nos está siguiendo un coche desde que nos alejamos del edificio donde ella vive.

Milton lanzó una exclamación, se volvió, y vio el automóvil.

—Maldita sea —masculló—. Si me han visto me habrán reconocido. Todo el mundo me conoce en Cité Mowana.

—En ese caso no creo que sirviese de nada que intentásemos escapar. Le buscarían en su lancha.

—Podríamos ir al *bungalow* de usted.

—Tampoco serviría de nada —movió la cabeza Sandra—. A mí también me han visto, y si no saben ya quién soy lo sabrían en cuestión de minutos. No creo que haya muchas chicas rubias, americanas, que esta tarde hayan alquilado un coche en Avenida Mombite. En mi opinión, si intentamos escapar nos vamos a complicar la vida, Milton. Tanto si esos hombres son de la policía como del Servicio Secreto nos encontrarán. Usted y yo, tan rubios, destacamos como una llama en la oscuridad, ¿comprende?

—No tengo ganas de contestar preguntas de la policía.

—Tendrá que hacerlo, a menos que pretenda que nos convirtamos en fugitivos en esta isla... lo que no me hace ninguna gracia a mí. No he venido aquí para eso.

—Está bien. Esos tipos no pueden saber que yo he entrado y salido del apartamento de Landy por la terraza, así que lo más que

pueden hacer es preguntarnos qué hacíamos por allí.

—¿Y qué les contestaría usted?

—Que yo voy y vengo por donde me da la gana. Bueno, pare y veamos qué es lo que quieren.

—Si paro nos haremos sospechosos. Lo mejor es que sigamos hacia mi *bungalow*, como dos buenos amigos que van a tomar una copa después de dar un paseo. Como si no nos hubiéramos dado cuenta de nada.

—Buena idea.

Sandra Flowers sonrió, y continuó conduciendo paralelamente a la playa. Ni siquiera tardaron un minuto más en llegar ante su *bungalow*. Detuvo el coche, se apeó, y se encaminó hacia la puerta, seguida por Milton. El otro coche llegó enseguida, y en el acto se apearon tres hombres; dos del asiento de atrás y el conductor.

—Quédense donde están —ordenó éste, en inglés.

Milton y Sandra, que se habían vuelto, se quedaron inmóviles. El que había dado la orden se acercó, pero desviándose un poco. Los otros dos llegaron ante los americanos. Uno de ellos sacó una pistola, y apuntó a Milton al pecho.

—Levante los brazos y póngase de cara a la pared. Usted también, *miss*.

—Oiga... —empezó a refunfuñar Milton.

—Será mejor que lo hagamos —murmuró Sandra.

—¡La policía no tiene derecho a...!

—No son la policía —dijo Sandra—. Nos hemos equivocado con ellos, eso es todo.

CAPÍTULO IV

—Es usted muy lista, *Miss* —dijo el de la pistola—. Y más vale así, porque se evitaría problemas. Ahora, vuélvanse los dos y hagan lo que les he dicho.

Milton Darrell soltó una palabrota, se volvió, y alzando los brazos quedó apoyado en la pared con las palmas de las manos. El negro que no había exhibido arma alguna le pasó las manos por el pecho, la cintura y las piernas, cacheándolo. Luego, hizo lo mismo con Sandra. Milton frunció el ceño al ver cómo las manos del desconocido se recreaban descaradamente sobre los pechos de Sandra Flowers, que no dijo ni palabra.

—No llevan nada, *Towi* —dijo.

—Vamos a entrar todos en el *bungalow* —dijo el conductor, el tal *Towi*.

El negro que había cacheado a Milton y Sandra mostró en alto el bolso de ésta.

—Yo abriré. La llave está aquí dentro.

Abrió el bolso, sacó la llave, y abrió la puerta. Entró en primer lugar, encendió la luz, y reapareció en el porche.

—Esto está limpio. Podemos entrar.

Milton miró a Sandra, y gruñó:

—Me alegra saber que es usted una chica limpia.

—Ha querido decir que no hay problemas ahí dentro, que todo está en calma.

—Aaaah... ¡Qué modo estúpido de hablar!

—Me parece que así hablan los espías —dijo Sandra, inquieta—. Al menos, los de las películas.

—¿Espías...?

—¡Entren y déjense de mensajes! —les empujó el otro negro.

Empujó a Milton, que tras dar un traspiés se volvió furiosamente, empezando a levantar el brazo y a cerrar el puño,

pero Sandra se le agarró rápidamente al brazo con los dos suyos, apretándolo contra su pecho.

—Entremos. Eso es fácil.

Entraron todos, Towi en último lugar, cerrando la puerta. Miró alrededor como si esperase que en el recibidor-salita apareciera de un momento a otro un fantasma, y acto seguido clavó la mirada de sus saltones ojos en Sandra.

—¿Usted vive aquí, *miss*? —preguntó, desconfiado.

—Sí.

—¿Qué venían a hacer?

—Anda éste —masculló Milton—. Veníamos a echar un polvo, no te fastidia el sujeto.

—¿Un qué? —preguntó Towi.

El de la pistola dijo algo en un idioma que Sandra no entendió, y Towi, tras un instante de estupefacción, sonrió de oreja a oreja, mostrando una dentadura enorme y amarillenta.

—Los dos americanos, ¿verdad? —preguntó.

—Tanto como tú negro —dijo Milton.

—¿Qué fue usted a buscar al apartamento de Landy Kumba?

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Sandra.

Towi la miró con manifiesta desconfianza. Luego, habló en su idioma, indudablemente un dialecto africano, y sacó una pistola. Los otros dos desaparecieron hacia el interior del reducido *bungalow*, y regresaron a los pocos segundos, diciendo algo que esta vez fue fácil de entender: no había peligro alguno para ellos allí dentro, definitivamente.

—Bueno, pues siéntense —dijo Towi—. Yo soy Towi, y ellos son mis compañeros Awo y Niwo. Somos agentes secretos de Kamingo, ¿comprenden?

—¿Lo ve? —dijo Sandra— son espías.

—Pues sí que estamos bien.

—Se sientan —dijo Towi.

—Vete al huevo —masculló Milton.

—¿Quieres que te rompa la cara, americano?

Milton lo miró ceñudamente, pero Sandra tiró de su brazo. Se sentaron ambos en el sofá. Towi se plantó delante de ellos, y movió la pistola, como diciendo «aquí está esto, y mucho cuidado que sé usarla».

—Ustedes fueron al apartamento de Landy Rumba, y un agente del servicio secreto de Mowana los vio desde su coche. Fue a telefonar para pedir ayuda, pero le hicimos callar. Queríamos ser nosotros los que hablásemos con ustedes. ¿Me comprenden?

—¿Mataron al agente de Mowana en la cabina de teléfonos? —preguntó Sandra.

—Sí —sonrió Awo—. Le dimos pasaporte.

—Pues mal hecho —reprenió Sandra—. Hablando se entiende la gente, ¿sabe?

—Pasaporte mejor —amplió su sonrisa Awo.

—Pues si nos dan el pasaporte a nosotros no sabrán qué fuimos a buscar en el apartamento de Landy Rumba.

—¿Qué fueron a buscar?

—Nada especial. La estamos buscando a ella, a Landy Rumba.

—Nosotros también —dijo Towi—. ¿Dónde está?

—Oiga —saltó Milton—, usted es memo, ¿verdad? ¿No acaba de decirle mi amiga que la estamos buscando? Si supiéramos dónde está no la buscaríamos.

Towi estuvo unos segundos como reflexionando sobre la explicación de Milton Darrell. Por fin, asintió, y dijo:

—Ustedes dos son espías. Espías americanos.

—Toma, claro —exclamó Milton—, ¡y de los mejores!

—¿Dónde está Landy Rumba?

—Vete al huevo.

—Esperen, esperen un poco —alzó Sandra las manos, viendo que los tres negros comenzaban a impacientarse—. Hablemos con claridad y sin enfadarnos unos con otros. Ustedes están buscando a Landy Kumba, y nosotros también, lo que significa que ni ustedes ni nosotros sabemos dónde está. Nosotros la estamos buscando para preguntarle si ella se llevó el dinero del médico americano Wesley Bradford. ¿Para qué la buscan ustedes?

—Queremos el dinero.

—Nosotros también —dijo Sandra—. ¿Ustedes creen que lo tiene ella?

Los tres negros estuvieron mirándose unos a otros durante unos segundos. Era cómico. Milton los contemplaba boquiabierto. Towi se sentó en un sillón frente a ellos, cruzó las piernas con elegante gesto, estiró el cuello, como queriendo librarlo del suplicio de la

corbata, y dijo:

—Pongamos cartas panza arriba.

—Se dice boca arriba —sonrió felinamente Milton.

—Cartas boca arriba —asintió Towi—. Hablemos directos, estilo americano, ¿están conformes?

—Hablemos estilo americano —casi rió Milton—. Tú das carta, Towi.

—¿Qué?

—Mi amigo quiere decir que si ustedes hablan primero nosotros sabremos mejor de qué estamos hablando, y les contestaremos de modo que todos nos esteraremos bien de todo —dijo Sandra.

—Ah, está bien. No, no está bien. Ustedes hablan primero.

—Estupendo —dijo Milton—. ¿De qué quiere que hablemos?

—¿Dónde está Landy Kumba?

—Escucha, mamarracho...

—Towi, ya le hemos dicho que no lo sabemos —medió Sandra, que no parecía tan divertida como Milton—. De verdad. Mire, yo soy una enviada de la Cruz Roja Internacional que...

—No. Tú eres espía, *miss*.

—Bueno, digamos que soy un poquito espía —sonrió Sandra—. Una espía especial de la Cruz Roja Internacional. Nosotros habíamos enviado medio millón de dólares a la Cruz Roja de Mowana, y el dinero ha desaparecido, y el señor Wesley Bradford, el doctor Bradford, se ha suicidado. ¿Estamos de acuerdo en esto, conforme hasta aquí?

—Sí.

—Muy bien. La Cruz Roja Internacional me envió a mí con el fin de buscar el medio millón de dólares. Yo los estoy buscando. Y como sé que Landy Kumba estuvo relacionada con el doctor Bradford, la estoy buscando. Esto es todo lo que podemos decirles. ¿Qué pueden decimos ustedes?

—Nosotros estamos buscando a Landy Kumba.

—Entiendo que es amiga de ustedes.

—Sí. Ella es una espía.

—Ah. ¿Y vino a Mowana para espiar el doctor Bradford?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque nosotros sabíamos que el doctor Bradford iba a recibir

medio millón de dólares, se decía que para construir un nuevo hospital. Pero no nos creímos eso.

—¿Qué creyeron ustedes?

—Que el dinero era para armas. Sabíamos que el presidente de Mowana, el cochino Kiwono, ponía otro medio millón. Total, un millón de dólares. Nuestras pesquisas indicaban que el total, el millón de dólares, era para comprar armas secretamente, para atacar a Kimongo por sorpresa. Es más, obtuvimos información de que las armas iban a llegar en un barco que aparentemente traería medicamentos y material sanitario a Mowana. Todo mentira. Así que nosotros enviamos a Landy Kumba a espiar al doctor Bradford. ¿Se me entiende?

—Ahora sí —masculló Milton—. Pero está usted loco, amigo. ¿De dónde ha sacado que el doctor Bradtord se iba a meter en una porquería como ésa?

—Informes.

—Pues vaya una mierda de informes. Ese dinero era para el nuevo hospital, y eso es todo.

—¿No armas?

—No armas.

—Entonces... ¿dónde está Landy Kumba?

—Está muerta —susurró Sandra Flowers.

—¿Usted la mató? —exclamó Towi.

—Claro que no. La mató la misma persona o personas que los engañaron a ustedes haciéndoles creer que Mowana iba a comprar armas en lugar de construir un nuevo hospital.

—Si usted no la mató, ¿cómo sabe que está muerta?

—Quizá me equivoque. Quizá ella, simplemente, consiguió el dinero y se fue con él, pensando que ya estaba bien de espionaje y tonterías. Quizá ahora esté en París o en cualquier otro sitio agradable dispuesta a darse la gran vida con los quinientos mil dólares. ¿Se me entiende?

Milton sonrió angelicalmente. Empezaba a divertirse. Towi frunció el ceño, y estuvo así unos segundos, muy pensativo. Por fin, dijo:

—No entiendo nada. Pero queremos el dinero, queremos a Landy Kumba. Queremos ser nosotros quienes compren armas, para estar preparados cuando Mowana nos ataque.

—Ni tenemos el dinero —dijo Sandra—, ni tenemos armas, ni sabemos dónde está Landy Kumba. Ahora bien, si llegamos a un acuerdo, lo que me parecería muy razonable considerando que ambas partes buscamos la misma cosa, podríamos unir nuestras fuerzas para aclarar el asunto. ¿De acuerdo?

—Usted habla muy deprisa, no entiendo bien —gruñó Towi.

—Lo repetiré más despacio —dijo calmadamente Sandra—. Si unimos...

—No. Los vamos a llevar a Kimongo. Allá les obligaremos a decir la verdad de todo, sea como sea.

—Pero escuche, Towi...

—Estás perdiendo el tiempo —dijo Milton—. ¿No lo comprendes? Son tontos. No es que los esté insultando: simplemente, son tontos. Les han dado una pistola, un sombrero y una corbata, les han convencido de que son espías, y ellos se lo han creído todo. Lo que pasa ahora es que como no entienden nada de nada, nos quieren llevar al continente para que hablemos con gente más lista que ellos.

—Si usted no se calla —dijo Towi— yo le pego patada en los... los... los...

—¿Los huevos? —apuntó Milton.

—Sí, los huevos. No, los huevos, no, eso otro...

—¿Los cojones?

—¡Los cojones! Eso sí. ¿Se me entiende?

Milton Darrell soltó un bufido, y ésa fue su respuesta. Sandra miraba de uno a otro negro, con evidente recelo. Parecía como si temiese que en cualquier momento cambiaran de opinión y decidiesen zanjar la cuestión de modo más simple, como habría sido matarlos a ambos y marcharse, ya que lo mínimo que tenían que haber comprendido Towi, Awo y Niwo era que ellos ni tenían el dinero ni sabían dónde estaba Landy Rumba. Y en ese caso... ¿de qué les servían?

Los tres negros cambiaron animadamente impresiones en su idioma africano, tras lo cual Towi tomó de nuevo la palabra, en inglés:

—Yo voy a ir a buscar una lancha, y mientras tanto ustedes se van a quedar aquí, atados, con Niwo y Awo. Cuando yo venga con la lancha los meteremos en ella y nos iremos a Kimongo. Si ustedes

hacen cosas feas, mis amigos les meterán unas balas en el tobillo.

—Querrás decir en el ombligo —farfulló Milton.

—En el barrigo, sí —asintió Towi.

—Menos mal que no pensáis metérnoslas en los oídos. Maldita sea tu estampa, Towi, ¿no comprendes que mi amiga tiene razón? Si nosotros os ayudamos a buscar a Landy...

—Te callas —dijo Towi—. Y ahora poneros en el suelo barrigo abajo.

Milton pareció dispuesto a porfiar más, pero, además de comprender que era inútil, captó el gesto negativo de Sandra. De modo que, como ésta, se tendió en el suelo boca abajo. Awo y Niwo encontraron cordeles, con los que los ataron sin miramiento alguno, las manos a la espalda, tobillo con tobillo. Todavía hablaron un poco más Towi y los otros dos. Éstos cargaron con Sandra y Milton, los llevaron al dormitorio, y los echaron sobre la cama. Niwo dijo:

—Podéis echar polvo ahora... ¡Ji, ji, ji!

—Mientras tanto, nosotros nos beberemos el *whisky* de la *miss* —dijo alegremente Awo.

Salieron los dos del dormitorio. Sandra y Milton se removieron sobre la cama hasta quedar ambos de costado y uno dando frente al otro.

—Lo siento —refunfuñó Milton—. Supongo que nunca te has visto en un aprieto como éste. ¡Cretinos del demonio...! Oye, ¿cómo se te ha ocurrido que Landy Rumba puede estar muerta?

—No sé, ha sido una idea que ha pasado por mi cabeza.

—Estoy seguro de que ella estaba enamorada de Bradford —murmuró Milton—. Quiero decir que no dudo que esa gente la enviaran a espiarlo, pero en mi opinión lo amaba. Y él a ella, desde luego.

—¿Te lo dijo Bradford?

—Sí. Le importaba un comino que la chica fuese mulata. La amaba. Yo les vi en algunas ocasiones, y te digo que ella también lo amaba a él. ¡Maldita sea, tiene que ser así, porque si no ya todo sería definitivamente asqueroso en esta puerca vida!

—O sea, que la espía se enamoró de su presa. Entonces, ¿cómo pudiste pensar que ella tuvo que ver algo con la muerte de Bradford?

—Yo no he dicho tal cosa. Yo quiero encontrar a Landy para

preguntarle algunas cosas, y eso es todo. Pero si está muerta...

—Tal vez no. Tal vez éste en París.

Milton Darrell frunció el ceño, estuvo así casi medio minuto, y por fin movió negativamente la cabeza.

—No —murmuró—. Nada de eso. Landy ama... o amaba a Bradford. Si está viva, tendría que haber aparecido para investigar su muerte. Si no ha aparecido es porque está muerta, tienes razón. Y si está muerta, y ella no tuvo nada que ver con la muerte de Bradford ni con la desaparición del dinero... ¿quién demonios ha organizado todo este jaleo?

—Al parecer, alguien que quiere que Komingo y Mowana se enfrenten con las armas. Y de paso, se ha quedado medio millón de dólares.

—¿Quieres decir que esta gente van a meterse en una guerra?

—Mucho me temo que si no aparece el dinero los de Komingo seguirán pensando que sus informes son exactos, y que Mowana se está armando en secreto para atacarlos. Entonces, quizá decidan atacar los primeros. Sea como sea, si no encontramos ese dinero y conseguimos explicar las cosas a unos y a otros las cosas se van a poner al rojo vivo. ¿Se me entiende?

—Ya lo creo. —Milton Darrell sonrió de pronto—. Eres una chica con gran presencia de ánimo, Sandra. De verdad me gustas. Y si no fuese porque nos iba a resultar muy incómodo así atados, seguiría la sugerencia de esos tipos y te metería un polvo. Pero podemos besarnos ¿Qué te parece?

—La idea no me desagrada —admitió Sandra—, pero tengo otra mejor, me parece a mí. Me voy a poner de espaldas a ti, para que con los dientes muerdas mis ligaduras. Y si nos dan tiempo podremos escapar.

—De acuerdo —aceptó Milton—. Pero antes, el beso.

Se desplazó como pudo hacia ella, y la besó en la boca.

Así estaban cuando oyeron el zumbido del motor de un coche, que acto seguido se fue alejando. Regresó el silencio. Por fin, Milton Darrell apartó su boca de la de Sandra, echó la cabeza hacia atrás, y se quedó mirándola fijamente.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella.

—Hazte cuenta de que no te he besado —susurró Milton.

—¿Por qué?

—Olvidalo, ¿quieres?

—¿No te ha gustado mi beso?

—Eso es lo malo: que sí me ha gustado. Y de eso, ni hablar: basta con una vez en la vida. Y ahora, vuélvete de espaldas, a ver si es cierto que tengo una buena dentadura.

Sandra Flowers parpadeó. Acto seguido, sin comentario alguno, se volvió de espaldas.

CAPÍTULO V

Las pisadas resonaron claramente en el corto pasillo, y al poco aparecieron Awo y Niwo en la puerta del dormitorio. El primero mostró en alto una botella de *whisky*, sonriendo.

—¿Lo ven? ¡Ya sabía yo que siendo americanos se las arreglarían para tener *whisky*! Está muy bueno.

Milton le dirigió una mirada asesina, y Sandra, como quien no quiere la cosa, se tumbó completamente de espaldas, de modo que sus manos quedaron ocultas bajo su cuerpo. Los dos negros entraron, y el de la botella se sentó en el borde de la cama, acercando el recipiente al rostro de Sandra.

—Mujer, ¿quieres beber? —ofreció.

—No, gracias —sonrió Sandra.

—Es bueno.

—Sí, lo supongo. El señor Peyret no iba a proveedme de cosas de mala calidad.

—Entonces, bebe.

—Prefiero no beber.

—Pues yo si —rió Awo.

—Ojalá te sirva de purgante —masculló Milton.

Awo no pareció entender muy bien, pero evidentemente tampoco le importaba, porque se encogió de hombros y bebió un trago. Eructó, rió, y pasó la botella a Niwo, que estaba más que interesado contemplando las piernas de Sandra. Awo dijo algo, Niwo lo miró, contestó al comentario, y los dos se echaron a reír. Niwo tomó la botella, y comenzó a beber, mientras Awo tomaba su turno de mirar las piernas de Sandra.

Milton iba mirando de uno a otro, muy serio. La botella estaba prácticamente llena, es decir, que seguramente la dosis que faltaba ya se la habían bebido en la salita. Toda una botella de *whisky* para dos hombres que miraban una y otra vez las piernas de Sandra...

Miró a ésta, que a su vez iba mirando en silencio a los dos negros. No había expresión alguna en el bello rostro de la enviada de la Cruz Roja, pero cuando miró a Milton éste comprendió que ella se estaba dando cuenta de lo peligroso de la situación para ella... a menos que Towi regresara muy pronto.

Ahora todo estaba en silencio. Sólo se oía de cuando en cuando el sonido del *whisky* al caer de la botella a la boca de uno u otro negro. Awo miró de nuevo las piernas de Sandra, y, de pronto, puso una mano sobre la que tenía más cerca, y terminó de deslizar la falda hacia arriba, hasta dejar al descubierto la diminuta braguita azul, sobre la cual pasó lentamente una mano...

Sandra miró a Milton, que estaba pálido.

—No digas nada —susurró—. Por lo que más quieras, no digas nada.

Milton apretó los labios. Niwo se acercó, se inclinó sobre Sandra, y comenzó a desabrocharle la blusa. Milton no pudo contenerse. Lanzó una exclamación de rabia, comenzó a erguirse como pudo en la cama... y Niwo, riendo, lo tumbó de nuevo de una formidable bofetada que restalló secamente. Awo se echó a reír, asió el elástico de la braguita de Sandra, lo estiró, y lo soltó. Le entró un ataque de risa. También riendo, Niwo terminó de desabrochar la blusa de Sandra, alzó el sujetador, y dejó al descubierto los senos.

—Maldito seas —jadeó Milton—. ¡Aparta tus puercas manos de...!

Niwo alzó el puño, y lo dejó caer como una maza sobre el estómago de Milton, que gritó, palideció más, y se encogió. Los dos negros no le hacían mucho caso. Miraban ahora, como fascinados, los pechos de Sandra Flowers, bellísimos, rematados por sonrosados pezones de tamaño mediano, delicados... Niwo puso sus manos sobre ellos, y los toqueteó a placer.

Milton Darrell saltó de la cama, y quedó junto a ésta sobre sus pies juntos, sólidamente atados. Niwo se irguió, giró hacia él, y le propinó un puntapié en el bajo vientre. Milton lanzó un aullido, se encogió, y cayó hacia delante, encogido, como un fardo, golpeándose de cara contra el suelo.

Desde allí no pudo ver cómo era ahora Awo quién manoseaba los pechos de Sandra, que permanecía inmóvil y en silencio. En el suelo se oía el jadear de Milton Darrell, dando tirones en vano a sus

ligaduras.

Niwo asió el borde de la braguita de Sandra, y la arrancó de un tirón. Los dos se quedaron mirando. Bebieron otro trago. La botella estaba ya casi vacía. Las córneas de los ojos de Awo y Niwo iban mostrando ya un enrojecimiento turbio. Niwo terminó el contenido de la botella, y lanzó ésta a un rincón del dormitorio, llevando acto seguido la mano a su pantalón...

—Quisiera un poco de licor ahora —murmuró Sandra—. Por favor.

—No, ahora no —negó Niwo, con voz densa.

Awo habló, en su idioma, y hubo una brevísima discusión, tras la cual los dos se echaron a reír. Niwo asintió, y salió del dormitorio, todavía riendo. Le oyeron mientras caminaba por el pasillo, riendo y farfullando algo.

De pronto, oyeron su exclamación, casi un grito, y acto seguido un grito concreto de rabia... y un instante después el impacto de algo pesado contra el suelo. Awo había saltado vivamente de la cama, tendido en la cual junto a Sandra había estado manoseando a ésta. Sacó la pistola, gritó algo, escuchó, y corrió hacia la puerta. Salió con la pistola por delante, pero enseguida lanzó un grito de dolor, giró, y cayó de rodillas, lanzándose inmediatamente hacia el interior del dormitorio, rodando por el suelo, donde quedó jadeante. Erguida ahora en la cama, Sandra Flowers vio el manchurrón de sangre en el pecho del negro.

Afuera, en el pasillo, se oyeron unas pisadas, taconeó clarísimo de zapatos femeninos.

Sandra dio un tirón, haciendo el último esfuerzo, y las cuerdas, ya segadas por los dientes de Milton, terminaron de romperse. Milton la miró, y exclamó:

—¡La pistola!

Sandra pareció no oírlo. Saltó hacia la cabecera de la cama, asió con una mano el cordón de la lamparita de la mesa de noche, y lo arrancó de un tirón. Hubo un chasquido, un destello azulado, y la luz se apagó en todo el *bungalow*, que quedó completamente a oscuras.

Milton oyó la caída del cuerpo de Sandra junto a él, y la sintió desplazarse por el suelo... Afuera, con más claridad, se oyó el taconeó de los zapatos femeninos, alejándose, y luego el batir de la

puerta del *bungalow*.

Oscuridad y silencio, hasta que sonó el susurro de Milton:

—¿Sandra?

—Ssss. Tengo la pistola, pero calla. Quizá no se haya marchado.

Transcurrió un minuto. Dos. Milton oía moverse a Sandra, que por fin se acercó a él, y procedió a desatarlo. Sandra puso la pistola en la mano de Milton Darrell.

—Creo que se ha marchado. Sé dónde están los fusibles, voy a ver si los arreglo.

—Te acompaño. Me parece que los dos negros han muerto.

—Sí, creo que sí.

Se pusieron en pie. Milton notó en su mano izquierda la derecha de Sandra, tirando de él. La siguió. Le dio la impresión de que Sandra podía ver en la oscuridad, como una gata, pero todo se debía a que conocía bien el *bungalow*, claro... Llegaron a la cocina, arregló los dos fusibles fundidos. La luz volvió.

—El otro no puede tardar en volver —dijo Milton—. ¡Le voy a...!

—Será mejor que antes nos aseguremos de que nada va a ocurrirnos a nosotros —dijo Sandra—. Ella puede volver... o quizá está ahí fuera esperándonos.

—Era una mujer, ¿verdad? —Frunció el ceño Milton—. Yo oí perfectamente unos tacones de zapatos de mujer. ¿Los oíste tú?

—Claro.

—Pero nos ha ayudado, ¿no es cierto? De no haber sido por ella ahora ya te habrían violado, y pronto estaríamos los dos rumbo a Kimongo.

—Seguramente. Estaba a punto de soltarme las manos, pero aunque lo hubiera conseguido, ¿qué habría podido hacer contra dos negros armados? Creo que lo habría pasado muy mal.

—Sea quien sea, debemos estarle agradecidos... Pero no comprendo. Si está de nuestra parte... ¿por qué ha escapado? ¿Y por qué temes tú que ella nos esté esperando ahí fuera?

—No es amiga nuestra, Milton. Si lo fuera no se habría marchado. Se ha marchado porque ha comprendido que hemos conseguido apoderarnos de una pistola. Vamos a echar un vistazo a Niwo y Awo.

Niwo estaba en el extremo del pasillo, caído de bruces. Tenía un

balazo en pleno corazón. Awo yacía en el dormitorio, de costado, con los ojos abiertos y todavía un aliento de vida en su cuerpo, que se extinguió muy pronto, tras una estupefacta mirada a Milton y Sandra.

—Bien —dijo Milton—, nuestra salvadora los ha matado a los dos. Pero no oímos los disparos, ¿verdad? Lo que significa que ha utilizado silenciador con la pistola... ¿Qué te sugiere esto?

—No lo sé. ¿Y a ti?

—A mí me sugiere que seguimos metidos entre espías. Y no conozco más que a una mujer espía: Landy Rumba.

—La verdad es que yo también había pensado en ella, pero...

—Está clarísimo. Oye, ahora vas sin bragueta, ¿eh?

—Iré a buscar otra —dijo Sandra.

Se acercó al armario, del cual sacó la mencionada prenda, y se la puso, bajo la directa mirada de Milton Darrell, que dijo:

—Termina de abrocharte la blusa. Yo... siento lo que te han hecho.

Sandra lo miró sorprendida.

—Vamos, Milton... ¡no me han hecho nada! Ha sido solamente un manoseo grosero, y nada más. Estoy molesta, eso sí, pero eso es todo. No creo que Towi tarde mucho en llegar.

—Pues lo esperaremos. Y ahora sí que necesito un trago. ¿Tienes más bebidas?

—Hay varias botellas. Lo primero que tenemos que hacer, sin embargo, es traer al otro aquí, no sea que Towi lo viese al abrir la puerta y las cosas se complicaran.

—Tienes razón. Yo me encargo de eso. Mira a ver si preparas un par de tragos. Tengo la boca seca.

—Me parece —le miró maliciosamente Sandra— que tú tampoco eres un gran aventurero.

—Bueno, ciertamente lo mío no es andar por ahí matando gente...

—Sino todo lo contrario, ¿no es cierto?

—Déjame en paz. Tenemos que ocuparnos de Towi.

—¿Qué piensas hacer con él? Supongamos que lo capturas. ¿Qué harás con él?

—No tengo ni la menor idea, francamente. Pero él ha de venir, y no vamos a dejar que siga tomando la iniciativa, ¿verdad?

Towi paró el motor de la lancha, que en pocos segundos más llegó a la playa, deteniéndose al rozar la quilla la arena del fondo. El negro dejó caer el anclote, y saltó al agua, que le llegó hasta las rodillas. Mientras caminaba hacia el *bungalow* vio las luces de éste encendidas, y no observó cambio alguno ni nada que pudiera preocuparle. Pasó junto al coche alquilado por Sandra Flowers, subió al pequeño porche, y empujó la puerta...

Nada más entrar, se encontró la pistola ante las narices. Sus ojos se abrieron mucho, y saltaron rápidamente de la punta del arma a los ojos de Milton Darrell, mientras su mano derecha se movía como en una crispación.

—Yo de usted no lo haría, forastero —dijo irónicamente Darrell—. ¿Se me entiende?

Towi se pasó la lengua por los labios, y permaneció inmóvil. Milton movió la pistola señalando hacia el interior del *bungalow*, y se colocó detrás de Towi, cerrando la puerta. Towi miraba a Sandra, que, sentada en uno de los sillones, le hacía señas para que se acercase, señalando acto seguido otro sillón.

—Siéntese ahí, Towi. Hablaremos un poco.

—Pero antes entrégueme su pistola —masculló Milton—. Sin tocarla, desde luego. Quítese la funda sobaquera y déjela en el sofá. Si le veo tocar la pistola aunque sea de modo aparentemente casual le meteré una bala en el barrigo. ¿Se me entiende?

—Lo estás haciendo muy bien —rió Sandra.

—Pues mejor lo va a hacer él. ¿Verdad, amiguito?

Towi no era tonto del todo. Por un momento pensó que aquel hombre no estaba a su nivel en el uso de las armas ni en facultades para afrontar según qué situaciones, pero lo cierto era que si disparaba y le metía una bala en el vientre se iba a quedar con ella, pasara lo que pasara después. De modo que obedeció primero a Darrell y luego a la rubia Sandra, sentándose en el sillón indicado por ésta.

—Sus dos compañeros han muerto —dijo suavemente Sandra—. Los ha matado una mujer que entró aquí después de marcharse usted. No debió dejar la puerta abierta, Towi.

Éste se había puesto rígido, y su mirada parecía querer taladrar a Sandra Flowers, la cual procedió a explicar lo ocurrido. Cuando terminó, preguntó:

—¿Quién diría usted que puede ser esa mujer, Towi?

—No sé.

—Sí sabe —gruñó Milton—. Esa mujer sólo puede ser Landy Rumba, y no me venga con tonterías.

—Landy no habría matado a Niwo y Awo. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Para matarnos después a nosotros —replicó acremente Milton—. Y por supuesto, a usted cuando regresara.

—No, no... ¿Por qué lo haría?

—Porque quiere el dinero. Maldita sea, no me diga que hay que explicárselo todo. Ella mató al doctor Bradford, pero de modo que pareciera un suicidio. Luego, quiso escapar con el dinero, pero, por lo que sea, no pudo hacerlo. Está en la isla, esperando la ocasión de escapar con el dinero, y al verlos a ustedes comprendió que todavía le iba a ser más difícil, ya que la conocen bien. Así que esperó su oportunidad, y vino a matarnos a todos. ¿Se me entiende?

—Sí, pero ella no haría...

—Lo que usted cree es lo mismo que creía yo —refunfuñó Milton—, pero todos podemos equivocarnos, ¿no es cierto? Y todos podemos hacer cochinas.

—Landy no.

—Escuche, cabezota, una mujer puede hacer cualquier cosa que le convenga en un momento determinado, ¿comprende? Sé lo que digo. Y no veo por qué Landy Rumba ha de ser diferente a cualquier otra mujer.

—¿Y los hombres no pueden hacer lo mismo? —murmuró Sandra, mirando fijamente a Milton.

—Todos somos unos malditos cerdos —dijo con voz sorda Milton—, pero nosotros oímos a una mujer, ¿verdad? Y no era una mujer cualquiera, sino una mujer que sabe manejar un arma y que no tiene reparo alguno en matar a dos o Cuatro personas, o las que sean. ¿Cuántas mujeres calculas tú que hay en esta isla capaces de hacer lo que ha hecho nuestra visitante?

—Yo sólo te he dicho que los hombres también sois unos pájaros de cuidado, Milton.

—Sí, pero los hombres, al menos, no parecemos ángeles.

—¿Qué quieres decir?

Milton Darrel titubeó. Lanzó una maldición ahogada, y regresó

toda su atención a Towi.

—Escuche, nosotros hemos estado hablando sobre qué podemos hacer con usted. Podemos matarlo, o entregarlo a la policía de Mowana, o al servicio secreto ya que...

—No —respingó Towi—. ¡Al servicio secreto, no! ¡Prefiero que me maten ustedes ahora!

—Hemos tenido una idea mejor —intervino Sandra—. Le vamos a dejar regresar sano y salvo a Komingo, con la lancha, llevándose los cadáveres de sus dos compañeros. Pero favor por favor, Towi: usted tiene que explicar allá lo ocurrido, y convencer a sus amigos o jefes de que aquí nadie está pensando en comprar armas ni en montar ninguna guerra. El dinero, si lo recuperamos, es para ese hospital, y para nada más. ¿Está entendido?

—Sí —asintió Towi, que no acababa de creer en su buena suerte—. Pero ¿qué pasará con Landy Kumba? Porque si es ella la que ha hecho todo esto hay que encontrarla y... Bueno, darle un buen escarmiento.

—Usted regrese a Komingo y explique la verdad. Nosotros, o las autoridades de Mowana, nos ocuparemos de encontrar a Landy Kumba y el dinero. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí.

—Acaba de volver a nacer, ¿sabe? —dijo Milton—. Y en un buen parto, sin demasiados problemas. Ahora, corte el cordón umbilical y lárguese de Mowana. Y que conste: agradezca su nuevo nacimiento a nuestros deseos de que no se compliquen las cosas entre Mowana y Komingo. ¿Se me entiende?

—Sí.

—Pues recoja su carroña y regrese al continente.

Apenas diez minutos más tarde, tras llevar en dos viajes a sus compañeros muertos a la lancha, Towi zarpaba en dirección a Komingo, en la costa del continente africano.

Mientras caminaban de regreso al *bungalow*, Sandra dijo:

—Hay una linterna en el coche. Vamos a buscarla.

—¿Para qué?

—¿Habla zapatos en el apartamento de Landy Kumba?

—¿Zap...? Sí, había dos o tres pares. Tres, si no recuerdo mal.

—Bueno, de momento vamos a echar un vistazo alrededor del *bungalow*.

—¿Buscando qué? ¿Huellas? ¡Espera, no me lo digas, eso ha tenido que ocurrírseme a mí! ¿Quieres comparar las huellas que ha dejado la mujer que nos ha visitado con las de los zapatos de Landy Kumba?

—Me ha parecido una buena idea.

—Sí, pero... ¿qué ganaremos con ella?

—Pues asegurarnos de que ha sido Landy Kumba quien ha estado aquí, naturalmente.

—¿Quién más, si no? Tú misma dijiste antes...

—Vamos a buscar la linterna, Milton. Luego seguiremos hablando de esto.

Pero no encontraron ninguna huella de zapatos de mujer cerca del *bungalow*. Ni una sola. Estuvieron casi quince minutos buscando en vano. Milton lanzaba de cuando en cuando una maldición, pero eso no solucionaba nada, ciertamente.

—O sea, que ella ya pensó que esto podía suceder —masculló, de nuevo ambos dentro del *bungalow*—, que algo podía salirle mal. Y de todos modos, claro que no tenía que dejar huellas de sus zapatos, porque las habrían visto quienes tarde o temprano encontrasen nuestros cadáveres. Así que para llegar al *bungalow* se descalzó, y también lo hizo cuando tuvo que escapar a toda prisa, porque además así podía correr con más comodidad...

Sandra iba a contestar cuando afuera se oyó el rugir de varios motores, y las luces de varios coches iluminaron las ventanas del *bungalow*. Se oyeron frenazos, voces, ruido de portezuelas...

Luego, una voz, en inglés, clara y fuerte:

—¡Salgan de ahí inmediatamente y con los brazos en alto!

CAPÍTULO VI

Por un instante, Milton Darrell permaneció paralizado por la sorpresa, y enseguida, exclamó:

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que pasa ahora?

—Pues no sé, pero creo que son muchos más que nosotros, de modo que lo mejor será que obedezcamos.

—¡Puede ser ese maldito Towi, que ha ido a buscar más gente y...! ¡No, claro que no! Si fuese él no haría tanto escándalo...

—¡Segundo y último aviso! —Se oyó de nuevo la voz—. ¡Salgan con los brazos en alto o comenzaremos a disparar! ¡Tenemos el *bungalow* rodeado!

—Estoy segura de que dice la verdad —sonrió Sandra.

Milton Darrell soltó otra maldición, tiró la pistola con rabia sobre el sofá, de modo que el arma rebotó y cayó al suelo, y se encaminó hacia la puerta. Sandra se tomó de su mano, y salieron ambos a la vez, alzando los brazos, entrando de lleno en la profusa iluminación de tres automóviles cuyos faros estaban orientados hacia la fachada.

De momento no vieron a nadie, pues las luces de los faros les cegaban, pero pronto vieron siluetas moviéndose a su alrededor. Aparecieron cuatro hombres, dos a cada lado de ellos, que los cachearon rápidamente. Uno de ellos preguntó:

—¿No hay nadie más ahí dentro?

—No —gruñó Milton—. ¿Quiénes son ustedes?

—Son del servicio secreto de Mowana —dijo Sandra—. Al menos eso creo, a juzgar por la descripción que de ellos me hizo Roger.

—¿Qué descripción? —preguntó uno de los hombres, plantándose ante Sandra.

—Dijo que iban muy elegantes, con sombrero que no era de paja y con corbata.

Milton Darrell soltó otro gruñido, comprendiendo que Sandra tenía razón. Estaban rodeados de espías de opereta... pero todos empuñando pistolas automáticas. Dos hombres que habían entrado en el *bungalow* a estilo comando, tirándose al suelo y todo eso, reaparecieron muy pronto, asegurando de que no había nadie más allí dentro.

Las luces de los coches fueron apagadas, y un negro alto, vestido de oscuro, y con un magnífico sombrero de fieltro se acercó a Milton y Sandra. Llevaba corbata blanca, y cuando movió la mano derecha la piedra preciosa de una sortija lanzó bellos destellos.

—Yo soy Opiko, jefe de los servicios secretos de Mowana —se presentó—. Ustedes están detenidos.

—¿Por qué? —preguntó furiosamente Milton.

—Por asesinato.

—¿Está loco? —saltó Milton Darrell—. ¡Nosotros no hemos asesinado a nadie! Todo lo que estamos haciendo...

Se calló. El tal Opiko estuvo mirándolo, esperando, pero al comprender que Darrell no tenía intención de decir nada más, sonrió fríamente, y señaló uno de los coches.

—Entren en ese coche. Si intentan escapar mis hombres les dispararán.

—¿Adónde piensan llevarnos? —preguntó Sandra.

—A los calabozos de nuestro Centro.

—¡La madre que...! —empezó Milton.

—Cálmate —pidió Sandra, poniéndole una mano en el brazo—. Escuche, señor Opiko, yo soy Sandra Flowers, enviada de la Cruz Roja Internacional para...

—Sabemos todo sobre usted. Todo. Por eso la detenemos. En cuanto al señor Darrell también sabemos todo lo que hay que saber de él. Los dos están detenidos, y van a ser llevados al calabozo, donde nos dirán toda la verdad.

—De acuerdo —suspiró Sandra—. Pero sea tan amable de informar al señor presidente de Mowana de lo que están haciendo. Lo digo porque fue él quien pidió que enviasen aquí una investigadora de la Cruz Roja, así que deseo que sepa cómo me están tratando.

—Al señor presidente, ¿eh? —rió Opiko.

—Sí, por favor.

—Será complacida, no faltaba más. Y ahora, suban a ese coche.

—Espere un momento... —Se resistió rabiosamente Milton—. ¿De dónde sacan ustedes que hemos cometido un asesinato, y a qué asesinato se refieren?

—Al de Kigo, uno de mis hombres, que estaba vigilando el apartamento de Landy Kumba, la amante del doctor Bradford.

—Ni siquiera sé quién es ese Kigo, ni lo he visto en mi vida...

—¿No lo vio cuando lo estranguló con el hilo del teléfono, señor Darrell?

—¿Qué?

—Después de matarlo a cuchilladas por la espalda, claro.

—Pero... ¿está loco? —jadeó Milton—. ¡Nosotros no hemos hecho semejante cosa!

—Tal vez no —admitió con fría amabilidad Opiko—, pero el coche alquilado por la señorita Flowers fue visto por allí, y también junto al edificio donde Landy Kumba tiene su apartamento... Por aquí no hay muchos coches, señor Darrell, usted lo sabe, así que cuando aparece uno lo miran con cierta atención... sobre todo, después de encontrar un hombre asesinado en una cabina telefónica. Alguien se fijó en el coche, tomó la matrícula, y nos la facilitó. Y yo no he tardado mucho en saber que ese coche había sido alquilado esta misma tarde a la señorita americana de la Cruz Roja, y en saber dónde localizarla. ¿Qué les parece? ¿Eh?

—Ha sido un buen trabajo —dijo amablemente Sandra—... ¿Avisará de todo esto al señor presidente? Dígale que tenemos algo muy importante que decirle.

—Sea lo que sea lo que tengan que decir, me lo dirán a mí —dijo Opiko, entre agresivo y petulante.

—¿Qué te apuestas a que no, maldito gorila? —estalló Milton.

Opiko se quedó mirándolo fijamente. Luego, sin decir palabra, entró en el *bungalow*, mientras cuatro negros quedaban vigilando a Sandra y al irascible Darrell. Desde dentro del *bungalow* llegó la seca orden de Opiko, y los dos prisioneros fueron empujados hacia el coche. Ocuparon el asiento de atrás, y uno de los negros sacó dos pares de esposas del salpicadero, se las puso a ambos, y los encadenó a la barra que había tras el respaldo corrido del asiento

delantero del coche.

—Por si acaso —sonrió el negro—. Les voy a dar un buen consejo: no hagan el tonto con Opiko, porque él les hará hablar sea como sea.

—No tenemos intención de ocultar nada —dijo Sandra.

—¡Tú te callarás! —bramó Milton—. ¡No le diremos nada a ese maldito gorila de ojos de huevo!

—Vamos, no seas absurdo, Milton. ¿Qué más da que se lo digamos a él o al presidente? Si se lo decimos a Opiko, él se lo dirá al señor Kiwono, y él nos sacará del apuro. No compliques las cosas.

—A quien tendríamos que haber avisado es a Peyret o a Anna Proust...

—Opiko no nos habría permitido utilizar el teléfono. No pasará nada, ya verás. En cuanto el señor Kiwono sepa que la enviada de la Cruz Roja ha sido metida en un calabozo ordenará que nos saquen.

—Tal vez, pero voy a decirte algo: no pienso informar de nada a ese gorila sin pelo. ¿Se me entiende?

—Bueno, ya le informaré yo, y tu dignidad quedará a ilvo...

—¡Tú no harás nada más que lo que yo te diga! Yo soy quién está dirigiendo todo esto, y yo seré quien de la cara...

La puerta del calabozo fue abierta por un negro, y los dos que transportaban a Milton Darrell sujetándolo por los tobillos y las axilas lo balancearon y lo tiraron dentro como si fuese un saco. Luego, el que había abierto la puerta de rejas del calabozo la cerró con llave, y se alejó conversando con los otros dos.

Sandra se acercó a Milton, lo asió por las axilas, y se las arregló para tenderlo sobre el camastro. Milton Darrell emitió unos cuantos gemidos, terminó por abrir los ojos, y se quedó así, mirando sin ver.

Aunque no había nada agradable que ver. La celda estaba debajo del edificio del cuartel central de la policía de Mowana, y, como las demás, era oscura y húmeda. Había un pasillo que separaba las dos hileras de celdas. Sólo estaba ocupada la de Sandra y Milton. En el centro del pasillo una simple bombilla colgando de un hilo negro proporcionaba una iluminación tétrica. En alguna parte se oía el gotear del agua en una zona excesivamente húmeda.

—Eres un cabezota —reprendió Sandra a Milton—, y seguramente has terminado por decirle lo que él quería saber.

Milton movió los ojos, la miró, parpadeó... Sandra se había

sentado en el borde del camastro, y estaba desgarrando un buen trozo de su ropa interior, con el que procedió a limpiar el sudor de la frente de Milton, evitando los hematomas al llegar a las mejillas y los pómulos.

—No se lo he dicho —jadeó—. He tenido más cojones que él, Sandra, no se lo he dicho.

—Eres un ingenuo. ¿No comprendes que Opiko sólo ha querido divertirse un rato contigo dándote unos cuantos golpes? Si hubiera querido que se lo dijeras tú, te habría sometido a un tratamiento que no habrías podido resistir; ni tú ni nadie. Pero sólo quería darte una buena paliza con la excusa del interrogatorio. No debiste meterte con él.

—No se lo he dicho. ¡Ni se lo diré!

—De acuerdo, has demostrado que eres un altivo cabezota. ¿Y qué? El vendrá aquí ahora, me sacarán de la celda para llevarme a otro sitio más adecuado, y saben que yo les diré todo lo que quieren saber...

—No podía esperar otra cosa —susurró Milton.

—Claro que no. ¿Crees que tengo ganas de que me rompan los huesos? Además, soy la primera interesada en decírselo todo a Opiko, para que él se ponga en contacto con el presidente y éste nos haga sacar de aquí. De todos modos habríamos tenido que informar de todo lo que está sucediendo, ¿no te parece? ¿O creías que nosotros dos solos podríamos encontrar a Landy Rumba?

—Eres una maldita traidora —susurró Milton—. Tú también.

—¿Qué quiere decir también? ¿De quién estás hablando?

—Déjame en paz.

—Estás hecho una pena, pero efectivamente, tienes agallas —rió Sandra—. Supongo que la clase de vida que has estado llevando aquí te ha ido endureciendo. Con seguridad te has estado peleando en los bares del puerto. ¿Estoy en lo cierto? Pero, hagas lo que hagas, tú no eres más que un médico, Milton.

—¡Te he dicho que me dejes en paz! ¡Aparta tus malditas manos de mí!

—No sé qué te ocurrió, Milton —susurró ella—, pero sí sé una cosa; fuere lo que fuere, yo no tuve la culpa. ¿Se me entiende?

Milton Darrell soltó un gruñido, y se volvió de costado, dando la espalda a Sandra Flowers. Ésta hizo un gesto de resignación, y

quedó sentada, atento el oído. Ni siquiera transcurrió un minuto antes de que oyera el golpe de una puerta metálica. Luego, las pisadas. Apareció el carcelero, acompañado de los otros dos negros. Uno de éstos se acercó a los barrotes, y dijo:

—Tú, mujer, ven con nosotros.

Cuando Sandra Flowers abandonó la celda Milton Darrell seguía de espaldas a la puerta. Oyó las pisadas alejándose, el golpe de la puerta metálica. Todo quedó en silencio.

Ni siquiera quince minutos más tarde volvió a oír el sonido de la puerta metálica. Luego, apareció ella, que fue introducida en la celda, cuya puerta fue cerrada una vez más. Sandra fue a sentarse en el borde del camastro, y se quedó mirando a los ojos de Milton, que murmuró:

—Se lo has dicho todo, ¿verdad?

—Claro. Era lo razonable.

—¡Lo razonable!

—Ya verás como da resultado. —Sandra puso una mano en un brazo de él—. Milton, ¿qué te ocurrió? ¿Por qué estás tan resentido, por qué estás viviendo como un desgraciado en este lugar, sin tan siquiera ejercer tu profesión de médico...?

—¡Y dale! ¿De dónde has sacado que soy médico?

—Mira, antes de venir aquí me interesé bastante por el país. Sé que no hay nada que valga la pena en el interior de la isla. Es decir, salvo los seres humanos que viven en ella: selva y negros, es decir, seres humanos... que lógicamente precisan un médico. Wesley Bradford no podía ir, ni enviar a Anna Proust o a Roger Peyret, pues los tres eran imprescindibles aquí. Así que de cuando en cuando te prestaba la camioneta para que fueras tú a atender a los habitantes del interior de la isla. ¿No es cierto? Por eso le apreciabas tanto, porque él te comprendía, y te permitía hacer lo que siempre fue tu vocación... Pero acordasteis no decírselo nadie, supongo. ¿Por qué?

—Eres demasiado lista —murmuró Darrell.

—Tal vez. ¿No quieres sincerarte conmigo?

—Está bien... Has acertado en lo de la camioneta. ¿Satisfecha?

—¿Y qué más? ¿Por qué estás aquí?

—Le partí la cabeza a un sujeto.

—¿Lo mataste?

—Casi.

—¿Por qué le partiste la cabeza?

—¿Quieres saberlo todo? Muy bien, te lo voy a decir, para que me dejes en paz de una maldita vez. El sujeto era un colega amigo mío... Un buen amigo, creía yo. Pero un mal día me enteré de que era el amante de mi mujer. ¿A que tiene gracia?

—Ninguna en absoluto. Es vulgar, y no tiene nada de gracia.

—¿Crees que le partí la cabeza por eso? ¿Por ser el amante de mi mujer? Bueno, la cosa no era tan simple... ni tan vulgar. ¿Cómo dirías que finalmente me enteré de que era el amante de mi mujer?

—No sé.

—Me lo dijo ella, la propia Rose. Pero no me lo dijo porque estuviera arrepentida ni nada de eso, y solicitara mi perdón, ni cosas así... Me lo dijo cuando ya había roto con él. Me dijo... me dijo que había roto con Steve hacia unas semanas, pero que ahora... ahora sabía que estaba embarazada, y ella no quería tener ese hijo, así que me pidió que... que...

—¿Que la hicieras abortar?

—Sí... ¡Por Dios, me pidió eso! Le dije que estaba loca además de ser una asquerosa zorra, metí unas cuantas cosas en una maleta, y me fui de casa, me instalé en un hotel. Estaba tan desengañado y asqueado que no quería saber nada de nadie ni de nada. Pero dos tardes después, Steve me llamó al hotel. Me dijo que tenía que ir inmediatamente a su consultorio, que estaba él solo, y que quería hablar conmigo. Estaba muy nervioso, casi histérico. Le dije que lo mejor que podía ocurrirle era no cruzarse conmigo en el resto de su vida, pero él insistió, me dijo que era cuestión de vida o muerte... Cada vez estaba más histérico, angustiado. Bueno, fui allá.

Milton Darrell tragó saliva, y quedó en silencio. Sandra estuvo esperando, pero él ya no parecía querer decir nada más. Por fin, ella preguntó:

—¿Qué quería tu amigo Steve?

—Quería... que le ayudase. Rose estaba allí, en una camilla, desangrándose como una cerda, y él estaba loco de miedo. Algo le había salido mal, necesitaba ayuda, y no podía llamar a nadie más que a mí, pues eso le podía costar muy caro...

—¿Había practicado el aborto en Rose?

—Sí. Ella se estaba desangrando. Yo no podía creer lo que estaba sucediendo, era como si no fuese real, no sabía ni qué pensar...

Cuando me disponía a ayudar a Steve a salvar la vida de Rose, ella murió. Me quedé... como muerto yo también. Steve me estaba hablando. Decía algo de que deberíamos arreglar las cosas, simular que habíamos intervenido a Rose de otra cosa entre los dos... No recuerdo bien. Lo que sí recuerdo es que, de pronto, agarré no sé qué instrumento que tenía a mano, y le golpeé en la cabeza. Se la abrí. Cayó al suelo sangrando tanto que pensé que lo había matado. Entonces, llamé por teléfono a la policía, y los esperé. Cuando llegaron me había serenado bastante. Les expliqué lo ocurrido, y me detuvieron, luego fui sometido a un juicio denigrante, porque Steve, cuando se recuperó en el hospital, dijo que yo le había ayudado en hacer el aborto, que en realidad, él me lo había desaconsejado, pero que yo le insistí tanto que tuvo que aceptar colaborar conmigo. Mi abogado se las arregló para conseguir finalmente la verdad, y a Steve lo metieron en la cárcel. Yo, simplemente, lo dejé todo, y me fui por ahí... hasta recalar aquí. No conseguía olvidar a Rose, no conseguía olvidar todo aquel juicio denigrante y horrendo, no quería saber nada con nadie, ni siquiera con la Medicina. Pero aquí conocí a Bradford, y él pareció olfatearme, me fue haciendo proposiciones veladas, me invitaba a cigarrillos... Nunca a comida, ni me facilitaba dinero, pues sabía que me habría molestado. Me invitaba a fumar, charlábamos... Finalmente, un día deslizó que en el interior de la isla había mucha gente desatendida, que los pocos médicos que hay en la costa no querían llegar hasta allí... Era un viejo zorro. Sabía que yo iría, tarde o temprano. Y acertó.

—¿Te retiraron el título de médico?

—Claro que no. El juicio demostró que yo no había tenido culpa de nada, que había dicho la verdad. Se me condenó a unos meses por agresión a un colega, y eso fue todo. Ni siquiera los cumplí. Pero cuando terminó el juicio no quise saber nada de nadie.

—¿Y ahora? —susurró Sandra.

—¿Acaso algo ha cambiado ahora?

—La mala suerte no dura siempre, Milton. Ni la buena, claro. De todos modos, siempre se puede volver a empezar lo que...

—No, gracias. No permitiré que ciertas cosas me pasen más de una vez en la vida. Estoy bien así.

—¿Estás bien así? ¿Siempre solo y sin ejercer tu profesión que amas?

—Ya te lo he dicho: una vez en la vida es suficiente. Para amar y para todo. Segundas partes nunca fueron buenas. De modo que déjame en paz, y ahora que ya has satisfecho tu curiosidad cierra la boca, no se te ocurra ir por ahí con el cuento de mi vida, ¿está claro?

—No soy ninguna chismosa, Milton.

—No, ¿eh? Que se lo pregunten a ese gorila, al que le debes haber dicho incluso más de lo que él quería saber. Y ahora, si no te importa, quiero dormir un poco.

—Más vale que no te duermas. No tardarán en venir a sacarnos de aquí.

—Eres una ilusa —gruñó Milton Darrell.

Media hora más tarde, cuando Milton Darrell estaba a punto de dormirse, oyó una vez más la puerta metálica, y acto seguido las pisadas. Aparecieron esta vez cuatro negros, puesto que Opiko acompañaba a los tres habituales.

Y fue él quien dijo:

—Salgan, por favor. El presidente Kiwono les está esperando arriba.

CAPÍTULO VII

El presidente Kiwono debía tener unos cincuenta y cinco años, era alto y delgado, de aspecto pulcro y hasta elegante. Tal vez en esto influía su blanca cabellera rizada, que le confería un aspecto señorial y agradable. Se hallaba sentado en una silla del despacho del jefe de la policía, pero se puso en pie al ver aparecer a los dos prisioneros, y se les acercó con la mano por delante, cordial.

—Ah, señorita Flowers, señor Darrell, ¿cómo están?

—Mal —gruñó Milton, saliendo de su asombro.

Kiwono terminó de estrechar la mano a Sandra, miró a Milton, sonrió, y señaló el tresillo de oscuro terciopelo, a un lado del despacho.

—Siéntense, por favor. El jefe de la policía ha tenido la amabilidad de prestarnos su despacho unos minutos, y podremos aclarar discretamente esta situación de un modo definitivo. Déjenos solos, Opiko.

—Pero, señor presidente...

—Vamos, vamos —sonrió Kiwono—. No hay nada que temer de la señorita Flowers, ¿verdad? Y tampoco del señor Darrell, estoy seguro. Le avisaré cuando hayamos terminado.

Opiko asintió, salió del despacho, y cerró la puerta. Sandra y Milton se sentaron en el sofá, y Kiwono lo hizo delante de ellos, en uno de los sillones.

—Hemos llegado a la conclusión, señor Darrell —dijo Kiwono—, de que la intervención de ustedes dos ha sido muy importante. No por lo que han hecho, sino por la serie de reacciones que han provocado. Lamentablemente, hemos perdido un hombre, asesinado en una cabina telefónica, pero Opiko consideraba que esta deuda puede darse por saldada si, en efecto, ellos han tenido dos pérdidas. Siempre hay quien muere en esta clase de enredos, ¿no les parece?

Milton se quedó mirando fijamente a Kiwono.

—¿Qué es lo que quiere usted de nosotros ahora? —preguntó.

El presidente de Mowana alzó las manos.

—Nada. Nada en absoluto. Es decir, agradecer a la señorita Flowers que haya sido tan explícita con Opiko, y presentarles mis excusas por el mal rato que han debido pasar. Quiero que entiendan que yo soy persona agradecida, y que no olvido que la Cruz Roja envió personal y dinero a Mowana. Esto aparte, espero que nos será de utilidad saber lo que creen los de Komingo respecto a esa guerra, para evitar conflictos.

—Supongo que quiere usted decir —murmuró Sandra— que se apresurará a ponerse en contacto con el presidente Umango de Komingo para normalizar la situación, para disipar cualquier malentendido que pudiera dar lugar a un enfrentamiento armado.

—Por supuesto, por supuesto. Habrá algunos pequeños roces debido a la desconfianza, pero todo será poco comparado con una guerra. Una guerra que sería de lo más estúpida, y hasta ridícula, pues prácticamente ambos tendríamos que hacerla tirándonos piedras. No se me ocurre de dónde han podido sacar los de Komingo que nosotros pretendíamos atacarles.

—Un rumor falso, sin duda.

—Sin la menor duda.

—Bueno —gruñó Milton—, en ese caso todo lo que han de hacer ustedes es conversar y dejar las cosas bien claras, ¿no?

—Así es, señor Darrell. Y yo he querido pedirle disculpas a la señorita Flowers y agradecerles a los dos que con su intervención nos hayan facilitado una comprensión de la situación que será útil para evitar males mayores.

—Vaya, usted sí que habla bien el inglés —sonrió mordazmente Milton—. Entonces... ¿podemos marcharnos?

—¡Naturalmente! Bueno. —Kiwono señaló la aporreada cara de Milton—, lamento mucho que Opiko se haya mostrado tan contundente en su comportamiento, señor Darrell. Por supuesto, le obligaré a pedirle a usted excusas personalmente.

—Nada de eso —gruñó Milton—. Me revientan los tipos que después de haber hecho cualquier porquería se ponen a pedir excusas.

—Me siento obligado a darle una satisfacción, señor Darrell.

—Oiga, no sé si le habrán hablado de mí, si le habrán dicho

quién soy yo exactamente, y que hace tiempo vivo en su país en plan parásito... ¿Se lo han dicho?

—Así es. Pero una cosa es ser un vagabundo y otra cosa un criminal. No tengo nada contra usted, señor Darrell. En lo que a mí respecta puede seguir disfrutando de la hospitalidad de Mowana. Allá usted.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que puestos a vivir parasitariamente, como hace usted, debe haber sitios con más posibilidades para un hombre como usted. Pero si ha decidido permanecer en Mowana por mí está bien. Representa usted una nota... pintoresca, eso es todo.

Sandra Flowers no pudo contener la risa. Milton le dirigió una hosca mirada, y volvió a mirar a Kiwono, que sonreía amablemente.

—Bueno, podemos marcharnos, ¿no? —Gruñó.

—Cuando ustedes gusten.

—Pues adiós. ¿Vienes o te quedas? —Miró Milton a Sandra.

—Te acompaño —se puso en pie Sandra, siendo imitada rápidamente por Kiwono—. Todo lo que tenía que decirse está dicho. Adiós, señor presidente.

—Adiós, señorita Flowers. Gracias por su ayuda.

Kiwono tendió de nuevo la mano a ambos, y los miró salir del despacho. Afuera estaba esperando Opiko y varios hombres del servicio secreto, con sus elegantes sombreros, así como algunos policías. Opiko sonrió obsequiosamente, mostrando su hermosa dentadura.

—Ha sido un placer conocerles —dijo.

Milton le miró entornando los párpados, y se detuvo. Miró de arriba abajo al gigantesco negro, que le contemplaba sonriente, divertido. Milton asintió con un gesto, se movió como si fuera a reanudar la marcha, y, de pronto, disparó la pierna derecha con toda su fuerza. El impacto del pie alcanzó a Opiko de lleno en los genitales, haciéndole emitir un fuerte berrido y saltar con ambas manos, en el lugar golpeado. Cayó de rodillas, y se quedó así, mirando con ojos desorbitados a Milton Darrell, que le hizo un corte de mangas.

—Y si quieres más, ven a buscarme cuando te parezca, gorila.

Sandra Flowers se adelantó a cualquier reacción por parte de los mowanos, tomando de un brazo a Milton y tirando de él.

—Vámonos de aquí. Iremos al hospital, para que la enfermera de turno te haga algunos remiendos, aventurero.

Milton se dejó llevar, sonriendo malignamente. Pero ya en la calle, dijo:

—Me voy a mi lancha.

—No sea cabezota. Incluso podemos llamar a Roger o Anna, para que ellos mismos te atiendan.

—A mí no me pone las manos encima ese mariquita.

—Bueno, pues Anna —rió Sandra—. Vamos, Milton, sé juicioso. Lo que tienes no es nada, pero será mejor desinfectarlo y ponerte un par de parches. Yo misma lo haré, si lo prefieres. Sólo tenemos que cruzar la plaza, caminar cien metros, y estaremos en el hospital.

Milton acabó por aceptar, aunque sin dejar de rezongar. En el hospital, al que llegaron tres minutos más tarde, había dos enfermeras de turno y un joven médico negro, que se ofreció para atender a Milton. Éste lo rechazó, prefiriendo los cuidados personales de Sandra. Diez minutos más tarde, Milton estaba aceptablemente presentable, pese a la hinchazón que comenzaba a tomar forma alrededor del ojo izquierdo.

—Menudo patadón le solté al gorila, ¿verdad? —dijo de pronto, muy sonriente.

—¿Eso te hace sentirte satisfecho?

—Pues mira, muchísimo. ¿Cómo piensas volver a tu *bungalow*?

—No había pensado en ello.

—Te llevaré con la camioneta... si me dejan las llaves, claro.

Sandra miró al médico negro, haciendo un gesto de asentimiento. El médico fue en busca de las llaves, y poco después ambos emprendían el camino hacia el *bungalow* de Sandra, al que llegaron en pocos minutos. Milton detuvo la camioneta detrás del coche de ella, que seguía donde lo habían dejado antes. A la izquierda veían la luna como flotando sobre el mar. Todo estaba en calma. La noche era hermosa.

—Adiós —murmuró Milton.

—¿No quieres entrar?

—Tengo que devolver la camioneta. Podrían necesitarla para cualquier cosa.

—Como quieras. Pero quiero decirte algo, Milton Darrell. Las cosas no tienen por qué suceder solamente una vez en la vida. Todo

puede repetirse. Y, en último extremo, cuando suceden cosas que no nos gustan lo mejor es olvidarlas, y aceptar las siguientes como si antes no hubiera ocurrido nada, como si lo que nos sucede en este momento fuese la primera vez que nos sucede, y empezar así de nuevo. De lo contrario, si nos dejamos llevar por la amargura de las cosas que ya no tienen remedio, nuestra vida no tiene sentido ni alegría. Y eso sí es lamentable, Milton, porque la vida, ésa sí, ésa sólo la tenemos una vez en la vida. ¿Se me entiende?

Milton Darrell había vuelto el rostro hacia Sandra, y la miraba fijamente a la luz de la luna, que parecía adherida al parabrisas. No dijo nada, simplemente la miró. Ella se acercó a él, lo besó brevemente en los labios, y, sin más, se apeó y se dirigió hacia el *bungalow*, dejando a Milton inmóvil ante el volante, como petrificado.

Con la llave, que le había devuelto Opiko al sacarla de la celda, Sandra abrió la puerta, entró en el *bungalow*, y encendió la luz. Cuando cerró la puerta la camioneta seguía en el mismo sitio, y pudo ver a Darrell vagamente.

Moviendo la cabeza, la enviada de la Cruz Roja se dirigió hacia la cocina, pero se detuvo en seco al ver aparecer a la doctora Proust en el pasillo que conducía al dormitorio. Anna Proust estaba pálida, y llevaba una sábana doblada de cualquier manera rodeando su cuerpo un poco más arriba de la cintura, sujetándola con ambas manos.

—¡Anna! —exclamó Sandra, sobresaltada—. ¿Qué hace aquí?

—Entré... entré por una ventana, rompiendo el cristal...

Sandra corrió hacia ella, y la sujetó por los brazos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué significa esta sábana...?

—Estoy herida. ¡Quisieron matarme, Sandra! Me he puesto la sábana así para no desangrarme, la estaba esperando... ¡Quisieron matarme!

—Está bien, tranquilícese. Entiendo que está herida, ¿no es así? Lo mejor será que se tienda en el sofá, para que yo eche un primer vistazo a esa herida. Sobre todo, tranquilícese, ya tendrá tiempo de explicar lo ocurrido.

La ayudó a llegar al sofá, y a tenderse en éste boca abajo, siempre sujetando la sábana.

—No se mueva. Milton está todavía ahí fuera, y me ayudará. ¡Lo

mejor será que la llevemos al hospital en la camioneta!

—No, al hospital, no... ¡Tengo miedo, Sandra!

—Vuelvo enseguida.

Sandra corrió hacia la puerta, la abrió dispuesta llamar a Milton, y casi chocó con éste, que se disponía en aquel momento a llamar a la puerta.

—Escucha —empezó Milton—, sé que...

—Entra —le tomó de una mano—, necesito tu ayuda.

Tiró de él, y cerró la puerta. Milton vio a Anna tendida en el sofá, y se quedó estupefacto. Pero enseguida corrió hacia la doctora Proust, y se inclinó sobre ella, comenzando a retirar la sábana empapada en sangre. Sandra se colocó junto a él, mirándolo. Anna Proust, con una mejilla apoyada en el asiento del sofá, mostraba sólo un ojo, muy abierto, y respiraba afanosamente.

Sandra se inclinó hacia ella, y le pasó una mano por la frente.

—No tema nada, Anna —murmuró—. Milton entiende de esto, y podrá prepararla perfectamente para llevarla sin riesgos al hospital.

La sorpresa apareció en el ojo de Anna Proust, pero no dijo nada. Milton había retirado ya la sábana, y tras rasgar la ropa de Anna siguiendo el orificio alargado que había en la espalda, dejó ésta al descubierto. Es decir, un borbotón de sangre espesa, ya casi seca, un poco por encima de la cintura.

—Sandra, trae agua y jabón —pidió—. Y otra sábana limpia, si tienes. Usted estese quieta, doctora... Bueno, supongo que no tengo que decirle lo que ha de hacer, ¿verdad?

Anna Proust parpadeó, y eso fue todo. Sandra proporcionó a Milton agua y jabón corriente, y éste procedió a lavar la zona de la herida. Eran dos, una bastante ancha y profunda, y la otra, un poco más arriba, considerablemente más reducida.

—Bueno, no es nada grave —aseguró Milton—. Desde luego son dos cuchilladas, una de ellas bastante fuerte. Ésta habrá que coserla... Pero no hay peligro alguno. ¿Me ha oído, doctora?

—Sí —susurró Anna.

—Le voy a limpiar bien la zona, le pondré unos apósitos con trozos de sábana, y la sacaremos en otra boca abajo, como si fuese una camilla, la pondremos en la caja de la camioneta y la llevaremos al hospital. El doctor Nowamo está allí, la atenderá definitivamente. ¿Tranquila? ¿De acuerdo?

—Sí, sí... Gracias.

Poco después, las dos heridas de Anna Proust estaban provisionalmente atendidas, y Milton Darrell se limpiaba las manos. En el suelo, junto al sofá, Sandra había colocado una manta de algodón, y miró a Darrell, que movió la cabeza negativamente.

—Esperaremos unos minutos. No es urgente, y la doctora se tranquilizará por completo. Aunque me parece que ya le duele muy poco. —Milton se inclinó sonriente hacia Anna—. ¿No es cierto, Anna? ¿Cómo va eso?

—Bien... Casi no me duele, es verdad. Bueno, sí me duele un poco, y me escuece, pero...

—Pero le parece que le duele menos porque se ha tranquilizado. Es un viejo truco que sin duda usted conoce.

Anna movió la cabeza afirmativamente, y miró interrogante a Milton. Sandra se sentó en el suelo, frente al rostro de la doctora, que la miró todavía desconcertada.

—Milton es médico —dijo—. De modo...

—¡Maldita sea! —saltó Darrell—. ¿Es que no sabes tener la boca cerrada?

—Cuando es necesario, sí —aseguró Sandra—. Anna, ¿qué ha ocurrido?

—No lo sé a ciencia cierta... Bueno, entré en mi apartamento, y quise encender la luz, claro está. Pero no se encendió, el interruptor no funcionó al accionarlo. Entonces sentí... sentí el golpe en la espalda y un... una respiración detrás mío, un jadeo fuerte. Enseguida sentí el tirón, y supe que... que me habían clavado un cuchillo, y que iban a volver a hacerlo. No sé cómo se me ocurrió, pero lo que hice fue salir del apartamento, pues todavía no había cerrado la puerta... Todavía sentí otro golpe, pero ya estaba fuera. Empujé la puerta hacia dentro, sentí el golpe contra alguien que cayó al suelo, y atraje de nuevo la puerta y la cerré... la cerré con llave, y corrí escaleras abajo. Me encontré en la calle. Había dejado mi coche delante de la puerta, así que me metí en él y me marché a toda prisa... No sabía lo que hacía... La herida no me dolía demasiado, era como una brasa nada más, pero no me dolía demasiado... Bueno, me vine aquí, llamé...

—Pero ¿por qué no fue al hospital? —exclamó Milton, ahora acucillado junto a Sandra.

—Tenía miedo... Había comprendido que querían matarme, y temí... que me buscasen en el hospital, donde era lógico que yo fuese. ¡Estaba muy asustada! Pensé en ir al apartamento de Roger, pero eso también me dio miedo... Y entonces me acordé del *bungalow* de Sandra, y de ella, y vine aquí. Dejé el coche por ahí detrás, y me acerqué. Cuando comprendí que Sandra no estaba estuve tentada de regresar a Cité, pero me dolía la herida, estaba sangrando bastante, así que entré y lo primero que hice fue mirar de contener la sangre. Luego llamé por teléfono a Roger, pero no contestaba... ¡Dios mío, qué miedo he pasado!

—¿No cenaron juntos usted y Roger? —murmuró Sandra.

—Oh, sí, y estuvimos tomando un par de copas por ahí. Él no estaba de muy buen humor, de todos modos. Bueno, finalmente, nos despedimos... Creo que se ha enamorado de usted, Sandra.

—Dígame su número de teléfono —pidió Sandra.

Anna Proust se lo facilitó, y Sandra llamó. El teléfono de Roger Peyret comenzó a sonar una y otra vez. Finalmente, Sandra colgó el auricular.

—Al parecer no está en su apartamento.

—Tenemos que llevar a la doctora al hospital —recordó Milton.

—Desde luego. Anna. —Sandra se acuclilló junto a ella—... ese jadeo que usted oyó, esa respiración fuerte al dar el golpe con el cuchillo... ¿cómo lo describirla usted?

—No comprendo.

—¿Diría, por ejemplo, que era de mujer?

—¿De mujer? No sé... Sí, quizá lo fuera. Podría ser, sí. Pero, Dios mío, ¿cómo iba una mujer a...?

—Ustedes no son ángeles, ¿sabe? —Gruñó Milton—. Pueden hacer un montón de cosas malas, se lo aseguro.

Anna Proust miró a Sandra sin comprender, pero ésta no quiso aclarar el significado de las palabras de Milton. Se incorporó, y quedó pensativa. De pronto, señaló a la doctora.

—Vamos a llevarla inmediatamente, Milton. Y en cuanto le dejemos en manos del doctor Nowamo iremos al apartamento de Roger.

—¿A estas horas? Además, si no contesta es que no está. Podríamos seguir llamando desde el hospital hasta que él regrese. Debe estar por ahí divirtiéndose, el muy... Claro que ya es muy

tarde, debería haber vuelto a su madriguera, ¿no? Demonios, se me está ocurriendo algo que no me gusta nada... ¡No me gusta nada! Vamos a hacer una cosa, por lo tanto... Llamaré a Nowamo al hospital, le diré lo que ocurre, que lo tengan todo preparado para hacerse cargo de la doctora en cuanto lleguemos, y así nosotros iremos inmediatamente al apartamento de Peyret... ¡Y ojalá yo me esté equivocando!

CAPÍTULO VIII

Pero no se equivocó.

Roger Peyret yacía tendido de bruces en el suelo del saloncito de su apartamento, con la cabeza ladeada, mostrando los dos ojos como fijos en uno de los zócalos. Había en su rostro una expresión de estupor congelada, como si estuviera viendo algo que no podía creer.

Tenía varias cuchilladas en la espalda, dos de las cuales, según informó Milton a Sandra casi inmediatamente, le habían alcanzado el corazón. También tenía sangre en las manos, y en el pecho, lo que Milton pudo ver al moverlo un poco.

—Le atacaron por la espalda primero —dijo Milton—. Él tuvo tiempo de volverse, y naturalmente intentó repeler la agresión, pero ya no pudo hacerlo. Lo derribaron a cuchilladas, y como quedó de espaldas, lo remataron de dos en el corazón.

Sandra Flowers asintió, y miró alrededor. Todo estaba en orden allí dentro.

Habían llegado hacía unos minutos, habían llamado, y, al no recibir respuesta, Milton había abierto la puerta empujando con un hombro y luego de un puntapié. No se podía decir que el doctor Roger Peyret hubiera vivido en un ambiente de lujo, ciertamente. Era un apartamento barato, como todo lo que había dentro de él.

—De modo —murmuró Milton, siguiendo el hilo de sus pensamientos— que Landy Kumba ha estado también aquí. ¡Menuda sorpresa debió llevarse Peyret al verla! Todo el mundo buscándola, y ella aparece ante él y... ¡zas!

—Vamos a echar un vistazo por aquí —dijo Sandra.

—Buena idea.

Muy pronto se dieron cuenta de que, salvo en el dormitorio, todo estaba en orden dentro del apartamento, cada cosa en su sitio. Pero no en el dormitorio. Allí todo estaba, revuelto.

—El armario, ¿no?... Bueno, lo mataron, vinieron, registraron... Está claro que esto lo ha hecho Landy Kumba. Pero... ¿qué buscaba aquí?

—También podemos preguntarnos por qué ha matado a Peyret y quiso matar a la doctora Proust, ¿no?

—Es evidente que ellos saben algo.

—¿Y nosotros?

—Nosotros podíamos llegar a saber algo siguiendo con la aventura —intentó sonreír Milton Darrell—. Está claro que Landy Kumba no quiere que se le siga la pista de ninguna manera. ¿Qué te decía yo? Las mujeres no sois ángeles. Piensa en Landy Kumba... Parecía tan enamorada y dulce... Y se ha cargado a dos tipos en tu *bungalow*, seguramente quería matarnos a nosotros también, y luego vino a cargarse a Peyret y a la doctora Proust. Así que...

—¿Qué?

—Que no me extrañaría que hubiera sido ella quien mató a Bradford preparándolo todo como si fuese un suicidio. Y se quedó con el dinero, claro. Pero entonces... ¿por qué no se ha marchado? ¿A qué viene correr todos estos riesgos matando a más gente?

—Estoy segura de que acabarás encontrando la solución. Aunque quizá lo mejor sería avisar a la policía para que se hiciera cargo de todo.

—O a mí amigo el gorila Opiko —sonrió Milton.

—Si se ha repuesto de tu broma.

—Sí, fue una broma de las buenas. Pero lo menos que se merecía era una patada en los cojones, ¿no es así? Vamos a ver. —Milton se sentó en la cama y frunció el ceño—... ¿Qué sabemos tú y yo de Landy Kumba? Prácticamente, nada. Así que está claro que si realmente pretendía matarnos a nosotros era para que no investigáramos. ¿Correcto?

—Supongo —asintió Sandra— que debe considerarnos más listos que a los espías de opereta, y temía que nosotros sí llegáramos a saber algo.

—De acuerdo. Entonces, tiene sentido que quisiera matarnos. Pero ni Peyret ni la doctora Proust estaban investigando nada, de modo que si ha atentado contra ellos ha sido porque ellos ya sabían algo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—¿Qué podían saber? Si Peyret y la doctora hubieran sabido algo que pudiera perjudicar a Landy Kumba ya se habrían apresurado a decirlo, pues eran buenos amigos de Bradford, y diciendo lo que sabían habrían contribuido a limpiar la memoria de Bradford como suicida y a detener a la asesina, o sea, Landy Kumba. Y claro está, a recuperar el dinero. ¿De acuerdo también en esto?

—Parece razonable —admitió Sandra.

—Entonces, llegamos a una conclusión: Peyret y Anna Proust saben algo que no saben que lo saben. ¿Qué puede ser?

—Ésa es una vieja teoría que...

—¿Vieja? ¿Qué quieres decir?

—Pues que a veces sabemos cosas que no recordamos, y de pronto, ante un detalle de nuestro entorno nos viene a la consciencia en un instante. ¿Te refieres a eso, supongo?

—Exactamente. Muy bien explicado.

—Sin embargo, estás convencido de que Landy Kumba tiene el dinero.

Milton Darrell frunció el ceño.

—Bueno, si ella tiene el dinero, ¿qué buscaba en el armario de Roger Peyret? Pero fíjate bien que sólo ha buscado en el armario, en ningún otro sitio del apartamento, ni siquiera del dormitorio. Lo único que ha removido, el único sitio que ha registrado a conciencia, ha sido el armario. ¿Debemos creer que Landy Kumba podía pensar que los quinientos mil dólares estaban en el armario de Roger Peyret?

—Claro que no... ¡Qué tontería!

—Entonces ¿qué buscaba Landy Kumba en el armario?

—No se me ocurre nada.

—A mí, sí. Pero antes de decirlo quiero que vayamos al apartamento de Ana Proust.

—¿Crees que también pudo buscar algo allí mientras esperaba el regreso de la doctora?

—Sería lo lógico, ¿no? ¿Por qué lo había de buscar aquí y no en el apartamento de Anna Proust?

Veinte minutos más tarde, Sandra se convencía de lo acertado de la sugerencia de Milton Darrell. En efecto, el apartamento de la doctora Proust también había sido registrado, y mucho más a

conciencia que el de Roger Peyret, pues se veía revuelto por todas partes.

—No lo entiendo —dijo Sandra—. ¿Qué podía buscar aquí? O allí, en el apartamento de Peyret. ¿Crees que la doctora Proust podría darnos alguna información al respecto?

—Se lo preguntaremos mañana por la mañana.

—... Y, en fin —terminó Milton el relato—, como es natural avisamos a la policía para que se hiciera cargo del cadáver de Peyret y todo eso.

Anna Proust, tendida en la cama que ocupaba en el hospital, había escuchado a Milton Darrell con suma atención, muy abiertos los ojos. Parecía encontrarse muy bien, su rostro presentaba una coloración saludable. Nada sorprendente, ya que, como Milton comentó, era una mujer de constitución muy fuerte, y, por fortuna, la herida más profunda no había interesado los riñones, donde sin duda se proponía hundir el cuchillo la agresora.

Al terminar Milton el relato, Anna movió negativamente la cabeza.

—No se me ocurre nada, lo siento. Es más, ni siquiera sabía que habían registrado mi apartamento, ya que no entré en él. Ya les dije... ¡Dios mío, pobre Roger!

—Sí —susurró Sandra—. Ha sido un asesinato verdaderamente brutal.

—Creo que debemos olvidar eso —frunció el ceño Darrell—. Ahora lo que interesa es que usted se reponga cuanto antes, Anna. Es necesaria la cama que está ocupando.

—¡Eres un bruto! —exclamó Sandra.

—Él tiene razón —dijo Anna—. Faltan médicos y camas. Aquí falta de todo... ¡Habría ido todo tan bien si no hubiera sucedido todo esto! ¡Es horrible que ocurran estas cosas!

—No piense más en ello —recomendó Milton, dándole una cariñosa palmadita en una mano—. Dentro de un par de días podrá usted abandonar esta cama, y la instalaremos en el *bungalow* de Sandra. Hemos pensado que estará mucho mejor allá que en su apartamento, podrá tomar el sol... Bueno, ¿qué le parece?

—Pero... No quiero molestar. ¡Ustedes son demasiado amables!

—No diga tonterías —farfulló Milton—. Usted se lo merece, Anna. Una persona que viene a enterrar su vida en un sitio como

éste al servicio de los demás merece lo mejor. De modo que repóngase bien, y dentro de un par de días podrá tomarse unas vacaciones en un bonito *bungalow*.

—No podré descansar mucho. Hago falta aquí, es cierto... ¡Y ahora tampoco tenemos a Roger! Ni el dinero... ¡Ese dinero que tanta falta hacía!

—No se preocupe por el dinero —sonrió Sandra—. Los servicios secretos de Mowana y Komingo están buscando a Landy Kumba, y ya verá como terminan encontrándola. Y con ella el dinero, naturalmente. De todos modos, si el dinero no aparece, espero conseguir que la Cruz Roja envíe otra cantidad, aunque no creo que pueda ser tan importante. En cuanto a los médicos, ya contrataremos otros... además de a Milton.

—¿Qué? —saltó Darrell.

—¿Acaso no te gustaría quedarte aquí como médico? —Le miró Sandra con expectación.

—¡Claro que no! Es más, estoy tan harto de este maldito lugar que me voy a largar a la primera ocasión. En cuanto consiga cuatro centavos, tomo el avión, o el barco... ¡Y hasta soy capaz de largarme en una piragua! Aunque no es necesario todo esto, ya que mi lancha está preparada, y tengo dinero para adquirir combustible hasta donde se me agote.

—Ese dinero —se encaró Sandra con él no poco enfadada— te lo di yo como anticipo de la recompensa de cincuenta mil dólares... ¡Y todavía no te lo has ganado! ¡Me debes mil dólares!

—Te los devolveré algún día —sonrió irónicamente Darrell—. Por lo demás, ¿cómo quieres que yo consiga más de lo que están consiguiendo nada menos que dos servicios secretos?

—¡Tú dijiste que buscarías el dinero! ¡Dijiste...!

—¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz? Me largaré cuando me dé la gana, que será pronto, y asunto concluido.

—¡Eres... eres un... un...!

—Vete al huevo, cariño.

Dicho esto, Milton Darrell se puso en pie, y se alejó, dejando a Sandra Flowers sofocada de ira. Miró de pronto a Anna.

—¿Qué le parece? —exclamó—. ¡El muy sinvergüenza! Oh, bueno, lo mejor será que la dejemos tranquila. ¿Necesita alguna cosa, Anna? Quiero decir, algo que quizá no pueda proporcionarle

el hospital.

—No, no, gracias. Me siento muy bien. Me duele un poco, pero no es nada. Respecto a eso de instalarme en su *bungalow*...

—¡Eso está decidido! Pero ese... ese golfo...

—Está enamorada de él, ¿no es cierto? —sonrió Anna Proust.

—¿Yo? ¿Yo de ese...? ¡Claro que no! ¡Tendría que volverme loca para enamorarme de semejante sinvergüenza!

—A todas nos ocurre eso una vez u otra —murmuró Anna.

—Pero no a mí. ¡Y menos de Milton Darrell! Por lo que a mí respecta, puede irse al mismísimo infierno. Es más, espero no volver a verlo en los días que permanezca aquí para dejarlo todo en orden y funcionando de nuevo. ¡Espero no volver a verlo!

Conduciendo la camioneta, Milton Darrell reía todavía pensando en lo sucedido. Sentada junto a él, pues su estado así lo permitía, Anna Proust lo iba mirando de reojo, y, finalmente, preguntó:

—¿Puedo saber de qué se está riendo, señor Darrell?

—De esa tonta... ¿Ha visto cómo se ha enfadado cuando he aparecido por el hospital para llevarla personalmente al *bungalow*? Pero yo soy hombre de palabra, me gusta cumplir lo que digo.

—Sí, es cierto —sonrió Anna Proust—: Sandra se ha enfadado un poco.

—¿Un poco? ¡Ni siquiera ha querido venir con nosotros, con tal de no estar conmigo! Pero bueno, en realidad ya contaba con ello. Es más, deseaba que fuese así. Por eso le he estado haciendo enfadar, para que no se metiese en esto.

—¿En esto? ¿En qué?

—Quería tener oportunidad de estar a solas con usted, doctora.

—¿A solas conmigo? —se desconcertó Anna—. ¿Para qué?

—Para hacerle un pequeño regalo.

Diciendo esto, Milton Darrell metió la mano izquierda en el bolsillo de este lado del pantalón, y sacó un pequeño paquete que tendió a Anna Proust. No poco sorprendida, la doctora lo tomó y lo abrió... Se quedó mirando con expresión de mal contenido sobresalto el contenido del paquete: era un sujetador femenino, de considerable tamaño.

—¿Qué es esto? —susurró.

—¡Cómo que qué es! —farfulló Milton—. Un sujetador, ¿no? O unos sostenes, o unos elevatetas, como usted prefiera. ¿Acaso usted

no usa prendas como ésta?

—Bueno, sí, claro, pe... pero... Este regalo...

—No es propiamente un regalo —la miró Milton un instante—: es más bien una devolución.

—No comprendo.

—Bueno, se lo voy a explicar. —Milton sacó la camioneta del camino, la metió entre unos árboles, paró el motor, y se volvió hacia Anna Proust—. Y se lo voy a explicar bien claramente, para que no diga luego que no lo ha entendido. La otra noche yo encontré este sujetador en el apartamento de Roger Peyret. Sandra no se dio cuenta, así que me lo guardé. Más tarde pude comprobar, en el apartamento de usted, que la talla de este sujetador es idéntica a los que usa usted. ¿Me entiende ahora?

—No... no.

—Claro que me entiende —gruñó Milton—: este sujetador es de usted. Fue usted quien mató a Roger Peyret y se hirió a sí misma. Usted y Peyret eran amantes, y, finalmente, cómplices en el asesinato de Wesley Bradford. Entre los dos lo prepararon todo: mataron a Bradford arreglando las cosas de modo que pareciera un suicidio, se llevaron el dinero, engañaron acto seguido a Landy Kumba posiblemente llevándola a un lugar apartado, y la mataron también. Luego, la enterraron en algún sitio donde se supone que jamás será hallada, y se dieron por satisfechos. Pero la aparición de Sandra trastocó sus planes, pues efectivamente, Roger Peyret, que había estado acostándose con usted a falta de cosa mejor, se enamoró de ella, y usted se disgustó muchísimo por ello. Incluso llegó a pensar que Peyret podía llegar a quitarla de en medio para quedarse con Sandra y con todo el dinero. Así que decidió adelantarse a esa posibilidad. Mató a Peyret a cuchilladas, y rebuscó en su armario en busca de alguna prenda de ropa que ocasionalmente pudiera usted tener allí olvidada o a propósito para sus noches de amor. Luego, fue a su apartamento, y para dar la impresión de que usted también estaba dentro del círculo de acción del asesino o asesina de Peyret, removió su armario, e incluso el resto de su apartamento. A continuación, usted misma se hirió con el cuchillo. Sabía muy bien cómo hacerlo para que las heridas fuesen aparatosas, pero no peligrosas. Bajó corriendo, se metió en el coche... En fin, el resto que nos contó es verdad. Y aquí estamos

ahora, doctora Proust, delatada usted por un sujetador que no supo encontrar y recuperar en el armario de Roger Peyret. ¿Qué tiene que decir a esto?

—Usted está loco.

—¿De veras? Entonces tampoco debe ser cierto que fue usted quien mató a los dos negros llamados Awo y Niwo, en el *bungalow* de Sandra.

—¡Claro que no!

—Claro que sí. Y nos quería matar también a Sandra y a mí. Pero es muy lista. Llegó allí descalza, y dentro del *bungalow* se puso los zapatos. Por si no conseguía matarnos a Sandra y a mí, quería que supiéramos que había sido una mujer quién había intervenido, y quería que creyéramos que había sido Landy Kumba, que aún estaba viva y que por tanto ella había sido quién había matado a Bradford, y, temiendo que la encontrásemos, quiso matarnos. Pero no es así, y yo ya empecé a mosquearme precisamente cuando lo de los zapatos... No tenía sentido que una persona tan sigilosa y astuta, que se descalza para no dejar huellas al acercarse al *bungalow*, se ponga los zapatos dentro de éste, con el riesgo, que hasta un niño comprendería, de hacer ruido. De modo que, Anna, vamos a dejarnos de comedias entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Usted no pudo encontrar este sujetador en el apartamento de Roger.

—¿No? ¿Por qué? ¿Porque buscó usted bien? ¿Porque está segura de que se llevó todas sus cosas?

—Sí —sonrió de pronto Anna Proust—. Usted ha conseguido este sujetador en mi propio apartamento, para tenderme una trampa.

—Eso es cierto —sonrió ahora Millón Darrell—. Usted se aseguró muy bien de que no se dejaba nada. Pero yo tenía mi... teoría, y quería meterla en la trampa. He acertado, ¿no es así, Anna?

—¿Qué es lo que quiere usted de mí, señor Darrell?

—Eso está claro, querida: doscientos cincuenta mil dólares. Deme ese dinero, yo me largo de aquí, y usted se hace la cuenta de que lo ha repartido con Roger Peyret. Con doscientos cincuenta mil dólares podrá usted tener todos los amantes que quiera cuando se vaya de este maldito lugar.

—¿Usted también se irá?

—En cuanto tenga el dinero. Y como ya he dicho hace días que tengo intención de marcharme, nadie sospechará.

—Supongamos... que lo niego todo, y que no le doy el dinero.

—Vamos, no diga estupideces. Tengo varias opciones respecto a usted, desde entregarla a la policía o a los servicios secretos de Mowana o Komingo hasta partírla la cabeza a puñetazos. Oiga, soy Milton Darrell, estoy hasta las narices de vivir como una mierda, perdido en este maldito lugar... ¡Quiero ese dinero! Y será mejor que se muestre razonable, se lo advierto.

—Si le doy la mitad... ¿todo quedará entre nosotros para siempre?

—Hombre, no —gruñó Darrell—. ¡Si le parece lo iré contando por ahí!

—Pero usted sabe ahora que yo maté a Bradford, y usted era amigo de él...

—No hay amistad en el mundo que valga doscientos cincuenta mil pavos. De modo que terminemos. ¿Dónde está el dinero?

—Un poco lejos, a unos quince kilómetros tierra adentro. Tendremos que esperar a...

—No vamos a esperar nada. Con esta camioneta, yo puedo llegar a cualquier rincón de esta isla. Y tenemos tiempo sobrado de ir y volver, nadie sabrá nada... ¡y cada cual a vivir su vida! De modo que indíqueme el camino y vamos allá.

—Está bien —susurró Anna.

Casi media hora más tarde, la camioneta se detuvo, isla adentro, y Darrell y la doctora Proust se apearon. La doctora se adentró un poco en la selva, alejándose del camino, y finalmente se detuvo cerca de un enorme árbol, junto al cual había un arbusto, que ella señaló.

—Está debajo de ese arbusto.

—Pues sáquelo.

—Como quiera.

Anna Proust se inclinó, asió el arbusto, y lo arrancó, con más facilidad de la que cabía esperar, pero que resultó lógica, ya que el arbusto había sido plantado hacía poco sobre el dinero enterrado. Luego, Anna se puso de rodillas, y continuó escarbando con las manos, mirando de reojo a Darrell, al que veía de cintura para

abajo a su lado.

«Yo te voy a dar dinero —pensó con terrible odio Anna Proust—. ¡Yo te voy a dar dinero, hijoputa!».

Muy pronto sus dedos tocaron la bolsa de plástico que contenía el dinero. Pero había otra bolsa de plástico allí, que la doctora procuró ocultar mientras sacaba la bolsa grande, que empujó hacia los pies de Milton Darrell. Lo vio inclinarse, recoger la bolsa, y erguirse. Por un momento vio su rostro cerca, muy cerca. Luego, dejó de verlo, cuando Darrell se irguió, diciendo:

—Muy bien, vamos a echarle un vistazo al dinero...

La mano derecha de Anna se metió en el hoyo, se deslizó dentro de la otra bolsa de plástico, más pequeña, y sacó la pistola provista de silenciador que había sido la dotación de la espía komingana Landy Kumba. La empuñó dentro de la bolsa, y se volvió velozmente hacia Darrell, alzando la pistola y gritando:

—¡Vas a ver lo que...!

—¡Suelte esa pistola! —tronó una voz detrás de Anna Proust.

El sobresalto de ésta fue tremendo. Su grito de rabia se convirtió en un chillido agudo, tremolante. Se volvió de un salto, y se quedó mirando con expresión desorbitada a Opiko, que le estaba apuntando con su pistola. La doctora Proust no pudo comprender esto, no pudo comprender cómo aquel gigantesco negro estaba allí. Pero sí comprendió que, como fuese, Milton Darrell le había tendido una trampa, le había engañado como a una pobre cretina...

—¡Hijo de p...! —aulló, volviéndose de nuevo hacia Milton, buscándolo con la pistola.

Quién gritó ahora fue Milton, comprendiendo que, ocurriese lo que ocurriese, Anna Proust quería matarlo. Saltó hacia un lado dejando caer la bolsa que contenía el dinero. Oyó el apagado «plop» del disparo, y el crujido de la bala al pasar por encima de su cabeza.

También oyó el disparo efectuado por Opiko, que retumbó en toda la selva, o eso le pareció a Darrell. Como le pareció que retumbaba el alarido de dolor de Anna, que cayó de rodillas. Milton la vio así, mirándole a él con un odio infinito, todavía en su mano la pistola, que volvió a apuntarle... Se dejó caer de bruces dentro del hoyo, y otra bala pasó por encima de él, y de nuevo oyó el disparo retumbante de Opiko y, esta vez, el gemido de dolor de Anna Proust, cuyo cuerpo se desplomó cerca del hoyo.

Entonces se dio cuenta de lo que estaba bajo sus narices. Lo distinguió perfectamente a través del plástico de la enorme bolsa. Apartó un poco más la tierra, e identificó ya sin lugar a dudas el rostro rígido y crispado de Landy Kumba, la cual había sido enterrada debajo del dinero... Estaba tan impresionado, que ni siquiera se dio cuenta de que Opiko estaba ya junto a él, mirando el rostro de Landy Kumba.

—Esto no les va a gustar a los de Komingo —murmuró el negro—. Pero son cosas que pasan. ¿Está bien, señor Darrell?

Milton alzó la cabeza, y miró al negro, que sonrió.

—Acertó usted en todo, y su idea de llevarme escondido en la caja de la camioneta ha resultado asimismo acertada. Espero que en lo sucesivo seremos buenos amigos.

Milton Darrell desvió la mirada, y vio de lado el rostro de Anna Proust, deformado en su última mueca de odio. Luego miró el dinero. Por aquel asqueroso puñado de papeles, los dos cómplices habían estado a punto de desencadenar por fin la guerra entre Komingo y Mowana.

La vida era un asco.

ESTE ES EL FINAL

Oyó las pisadas en la cubierta de la lancha, y luego oyó su voz:

—¿Milton?

—Pasa.

Se volvió, y la vio entrar. Ella se quedó mirándolo, y le sonrió. El corazón de Milton Darrell dio un vuelco.

—He venido a despedirme —dijo Sandra—. ¿Todo está bien por aquí?

—Estupendamente —asintió Milton—. La lancha está preparada en todo, tengo dinero, provisiones, ropa nueva... Hasta tengo dinero para emborracharme, si quiero.

—Eso estaría muy feo en el nuevo director del futuro flamante hospital de Cirè Mowana. Acabo de hablar con el presidente Kiwono, y me ha dicho que si insistes en negarte a ocupar ese puesto serás expulsado de Mowana por indeseable. Han sabido que eres un buen médico, y tu gesto de no aceptar más que cinco mil dólares de la recompensa, donando el resto para el hospital, les ha conmovido. ¡Y el que más aprecio te tiene es Opiko! Bueno, ¿vas a aceptar el puesto o no?

—Lo pensaré. De modo que te vas.

—Así es.

—Muy bien. Pues adiós.

—Oh, no me voy todavía... Salgo de aquí pasado mañana.

—Entonces... ¿por qué dices que has venido a despedirte? —Se asombró Milton Darrell.

—Porque pienso permanecer dentro de esta lancha hasta mi partida. De modo que voy a ponerme cómoda. —Sandra Flowers comenzó a quitarse la ropa—. Si no te molesta, claro. Ah, y otra cosa: resulta que sí me voy, porque tengo que arreglar mis cosas allá, pero en cuanto lo haya hecho, cuestión de un par de semanas, volveré para quedarme en Mowana.

—¿Quedarte aquí? ¿Hasta cuándo?

—Me he propuesto ser la ayudante del nuevo director del hospital, apoyarle en todo, no separarme de su lado jamás, ser útil a mis semejantes, bueno, todo eso, pero, especialmente, no separarme nunca del nuevo director.

Sandra Flowers había terminado de quitarse la ropa. Toda. Había un hermoso sol vespertino en el ventanal de la lancha. Milton Darrell se acercó a ella, la abrazó, y la besó en los labios. Luego, comenzando a acariciar su cuerpo cálido, susurró:

—Si alguien pretende quitarme ese puesto... ¡lo mato!

FIN



9 788402 025135

01715



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

